

LA EDUCACION

SEGUN HERBERT SPENCER.

Una teoría de la educación expuesta y defendida por un filósofo, debe estar en relación con el sistema de filosofía adoptado por su autor.

Para dirigir al hombre de distinto modo que según el capricho del momento, es preciso formarse una idea de su origen y de su destino, y una concepción particular de la naturaleza del hombre y del mundo llevará consigo como correlativo una teoría particular de la educación.

El que considera á los niños naciendo completamente puros, inocentes y sin malos instintos, no tendrá de la educación el mismo ideal que el que se representa al hombre manchado al nacer por el pecado original, ó reproduciendo, hasta cierto punto, el carácter salvaje de los primeros individuos de su especie.

Sería curioso investigar, bajo este punto de vista, cuáles son los resultados á que han llegado ó deben lógicamente llegar las diversas escuelas filosóficas.

Si un sistema de educación es evidentemente bueno, si es á propósito para producir excelentes resultados, si satisface á la vez á la razón y al corazón, no se debe deducir de esto, sin embargo, que la teoría general que lo ha inspirado sea verdadera, sino que, cuando más, puede admitirse que sea prácticamente aceptable; y que, adoptándola, no se llegará á la ruina de la sociedad.

M. Herbert Spencer nos dá á conocer en su tratado una teoría de la educación fundada en el sistema evolucionista. Preciso es confesar que este espantoso sistema, que á los ojos de muchas gentes debe seguramente destruir ó minar los fundamentos de la moral, de la familia y de la sociedad, ha inspirado una teoría de la educación que nada tiene de alarmante. Llena por el contrario de buen sentido y de espíritu práctico, se presenta en una forma siempre clara

ra y agradable, interesante á menudo, y algunas veces elocuente; pero de una elocuencia varonil y severa, sin abuso alguno de palabras ni de frases.

La teoría de M. Herbert Spencer tiene por base la evolución; su objeto es la utilidad.

M. H. Spencer, en efecto, es francamente utilitario en el más elevado sentido de la palabra, y de tal modo que es imposible no ser utilitario como él, se dé uno cuenta, ó no, de serlo. Lejos de querer sacrificar como inútil alguno de los más grandes placeres que el hombre puede disfrutar, pide que se ponga al hombre en la mayor disposición que sea posible de ejercitar todas sus facultades, que se le haga vivir una "vida completa." Solamente que es preciso atribuir á cada una de las facultades humanas la importancia que realmente tiene, de tal manera que las más esenciales aventajen ó excedan á las que de ellas se derivan y dependen, aun cuando estas últimas pueden ser consideradas como superiores. "Un horticultor, dice, cultiva una planta por su flor y concede valor ó estimación á las raíces, porque son los agentes de producción de la flor. Pero mientras que él considera la flor como el producto á que todo está subordinado, el jardinero sabe que las hojas y las raíces son en sí mismas de mucha importancia, porque de ellas depende toda la evolución de la flor. Consagra todos sus cuidados á la salud de la planta y comprende que sería una locura descuidar la planta queriendo obtener la flor. Pues lo mismo sucede en el caso que nos ocupa. La arquitectura, la escultura, la pintura, la música, la poesía, todo esto puede llamarse la florescencia de la vida civilizada. Pero aún suponiendo que sean de un valor tan superior, que la vida civilizada que las produce deba estarles subordinada completamente (lo que nadie se atrevería á sostener), siempre deberá admitirse que una civilización sana es la primera cosa necesaria, y que la educación que á ella conduce debe ocupar el más alto rango."

Importa, pues, conocer cuál es la actividad relativa de cada género de cultura, y esto es de

lo que se ocupa M. Herbert Spencer en la primera parte de su tratado.

Los principales géneros de actividad humana son los siguientes:

«1.º La actividad que concurre directamente á la conservacion del individuo. 2.º La que proveyendo á las necesidades de la existencia contribuye indirectamente á su conservacion. 3.º La actividad empleada en criar y disciplinar á la prole. 4.º La que asegura el sostenimiento del orden social y de las relaciones políticas. 5.º La actividad de género vario empleada en llenar los ócios de la existencia, es decir en la satisfaccion de los gustos y los sentimientos.» Cada uno de estos géneros de actividad es ménos importante que los que le preceden porque les está subordinado y no puede existir sin ellos; y los conocimientos pueden ser considerados tanto más útiles cuanto más tengan por objeto enseñarnos á dirigir mejor nuestra actividad y á dirigirla de los modos más importantes, teniendo en cuenta tambien el valor que encierran como medio de disciplina intelectual.

Bajo cualquier punto de vista, la cultura más útil es la ciencia. Para el primer género de actividad, la conservacion propia, es indispensable la fisiología. Para el segundo, que comprende en general la produccion, la preparacion y la distribucion de los géneros, son necesarias, además de la lógica, las matemáticas (comercio, construccion), la geometría (planos, puertos, muelles, trabajos de ingeniero y de arquitecto), la mecánica (manufacturas, etc.); la física (empleo de las máquinas de vapor, del microscopio, electricidad, magnetismo); la química (lavado, fabricacion del gas, del cristal, de la porcelana, etc.); la astronomía, que ha permitido la navegacion; la geología (minas de hierro, carbones); la biología (agricultura, animales); la sociología (conocimiento de las leyes, de la actividad comercial).

En cuanto á la tercera funcion de la actividad humana, la que consiste en criar y disciplinar á los niños, funcion á la cual nada nos prepara en la actual educacion, no reclama ménos imperiosamente que las demás la intervencion de la ciencia. «No es una cosa inconcebible, dice Spencer, que dependiendo la vida y la muerte de nuestros hijos, su atraso ó su adelanto moral, de la manera como los criamos, no se haya

dado jamás en nuestras escuelas la menor instruccion sobre estas materias á los niños que mañana han de ser padres de familia? ¿No es una cosa monstruosa que la suerte de una nueva generacion se halle abandonada á la influencia de costumbres irreflexivas, á la instigacion de los ignorantes, al capricho de los parientes, á las sugerencias de las nodrizas, al consejo de las abuelas? Si un negociante entrara en el comercio sin conocer la aritmética y la teneduría de libros, clamariamos contra su estupidez, desde luego calculariamos sus desastrosas consecuencias. Si antes de haber estudiado la anatomía, cogiera un hombre el historí del cirujano, nos sorprenderiamos de su audacia y tendríamos compasion de sus enfermos. Pero que unos padres acometan la difícil empresa de educar á sus hijos, sin haber pensado nunca en preguntarse cuáles son los principios de la educacion física, moral é intelectual que deben servirles de guía, esto ni nos inspira asombro, respecto á los padres ni piedad hácia los niños que son sus víctimas!»

La ignorancia de las leyes de la fisiología y de la psicología, tiene consecuencias desastrosas bajo el punto de vista de la educacion; y la utilidad de estas ciencias es evidente.

En todos los demás géneros de actividad, no podemos ménos de reconocer que la ciencia es de una importancia capital. «Para la inteligencia de la vida nacional pasada y presente, sin la cual el ciudadano no puede dirigir su conducta, la ciencia es la llave indispensable. Lo mismo sucede en lo que se relaciona con las producciones del arte y con los goces artísticos bajo todas sus formas; en esto tambien, la preparacion necesaria es la ciencia. É igualmente para la disciplina—intelectual, moral y religiosa,—el estudio más eficaz es la ciencia.»

Después de establecer así la utilidad, la necesidad de la ciencia, examina Herbert Spencer, sucesivamente, lo que deben ser la educacion intelectual, la moral y la física.

La educacion intelectual debe ser dirigida de manera que se haga experimentar á la inteligencia del niño una evolucion análoga á la de la especie humana. Tres principios se imponen y empiezan á ser aplicados, que son: en primer lugar, que no conviene recargar de trabajo á los niños hasta el punto de perjudicar á su salud; en segundo, que la costumbre de aprender de me-

moria es una costumbre impertinente, bajo el punto de vista de la verdadera instrucción; y por último, que se debe empezar por enseñar á los niños no los principios, sino los casos particulares de donde se llega á los principios por generalización. Se ha sustituido con la forma concreta la forma abstracta, en la manera de presentar los hechos; además se trata de hacer agradable el estudio y no penoso. El distintivo común que halla M. Herbert Spencer en estos diferentes cambios, es la tendencia á conformarse cada vez más con los procedimientos de la naturaleza. Avanzando más en el mismo camino, se llega al principio proclamado por Pestalozzi, que no supo aplicarlo, de que la educación debe ajustarse á la marcha natural de la evolución mental. De este principio se sacan las diversas reglas de la educación intelectual que, según Spencer, son las siguientes: 1.º Es preciso en la educación pasar del simple al compuesto. 2.º Es preciso también pasar de lo indefinido á lo definido. 3.º Es preciso pasar de lo concreto á lo abstracto. 4.º La génesis de la ciencia en el individuo, debe seguir la misma marcha que la de la ciencia en la raza. 5.º Es preciso pasar de lo empírico á lo racional. 6.º Es necesario estimular cuanto sea posible el desarrollo espontáneo. 7.º Se requiere, en fin, que la instrucción sea agradable al niño. Todo esto constituye una especie de piedra de toque que permite juzgar un plan de educación.

M. Herbert Spencer insiste mucho sobre los dos últimos puntos, y puede decirse que la 6.ª regla encierra toda su teoría. Favoreciendo el desarrollo espontáneo del niño, es evidente que se pasará siempre de lo simple á lo compuesto, de lo concreto á lo abstracto; y evidente es también que por el desarrollo espontáneo se efectuará fácilmente la evolución, y el niño experimentará placer.

Con este sistema se asegura la fuerza y la duración de las impresiones, y la actividad agradable que se produce contribuye á hacer eficaz la enseñanza. En fin, los resultados indirectos de este método son convertir en afectuosas y gratas las relaciones entre maestros y discípulos, y hacer que los niños amen el estudio.

La educación moral depende del mismo principio que la intelectual. También hay que acudir en busca de recursos á la naturaleza y á la evolución espontánea.

El principio general de la educación moral, según Spencer, es que se debe dejar á los niños sufrir las consecuencias de sus actos. El castigo debe ser natural, y, en cuanto sea posible, forzosamente impuesto por el acto cometido. Los castigos (preciso es emplear esta palabra, por más que sea impropia) tienen así la ventaja de ser necesarios, y el niño se apercibe muy pronto de que no puede librarse de ellos. Si se quema porque pone la mano demasiado cerca del fuego, no tardará en comprender que lo mismo sucederá cuantas veces haga lo mismo. Por experiencias repetidas han aprendido los hombres á conocer lo que les es útil ó perjudicial, y los niños deben instruirse de igual manera. Las penas legales y artificiales que son poco eficaces respecto á los hombres, no lo son mucho más en cuanto á los niños. Conviene, pues, que los padres intervengan lo ménos posible en reemplazar con castigos arbitrarios y variables las consecuencias invariables y naturales de los actos de sus hijos. Si un niño, por ejemplo, no está nunca dispuesto para salir á paseo y hace esperar á sus hermanos, no hay para qué castigarle con una reprimenda, sino más bien dejarle en casa y hacer que salgan los demás sin él, que es la consecuencia natural de su retraso.

El niño adquiere de este modo ideas claras de las causas y los efectos, aprende á conocer la invariabilidad de las leyes de la naturaleza, aprende también á juzgar de las cosas por sus consecuencias, y este es un procedimiento que podrá servirle durante toda su vida. Si, por el contrario, se acostumbra á no temer más que los regaños y castigos de sus padres, de esperar es que cuando se vea libre de la autoridad paterna, lo cual ha de suceder algún día, crea que todo le es permitido y no reconozca freno alguno. Conviene, sin embargo, que los padres manifiesten el descontento que le causan las faltas de sus hijos; pero este descontento es entonces una consecuencia natural de las faltas, que se debe añadir á las otras consecuencias y no reemplazarlas.

Los castigos artificiales agrían á los padres y los hijos, unos contra otros. Y el sistema opuesto, por el contrario, hace cada vez más afectuosas las relaciones de familia.

Entre las ventajas que ofrece este sistema se encuentra en primer lugar que lleva al entendimiento esa noción justa del bien y del mal en

materia de conducta, que se desprende de la experiencia de los buenos ó malos efectos; en segundo, que el niño, no sufriendo más que las consecuencias penables de sus malas acciones, debe reconocer más ó menos claramente la justicia de la penalidad; en tercer lugar, que reconocida la justicia de la penalidad, y siendo esta aplicada por las manos de la naturaleza y no por las de un individuo, su carácter es menos ágrío: mientras que el padre, no haciendo más que llenar el deber comparativamente pasivo que consiste en dejar que el castigo se produzca por las vías naturales, conserva una calma relativa; y en cuarto lugar, que, prevenida de este modo la exasperación mútua, se establecen entre padres é hijos relaciones más dulces y más fecundas en buenas influencias.

El sistema propuesto puede parecer insuficiente en algunos casos graves, pero estos casos serán menos graves y frecuentes con la aplicación del sistema; y por otra parte, desarrollándose el afecto entre padres é hijos, el descontento de aquellos ejercerá sobre estos una gran influencia, que, unida á las otras consecuencias naturales de la acción, bastará muy probablemente. De esta suerte se pondrán en juego los sentimientos del niño para con los demás, en el sentido de facilitar su evolución.

M. Spencer termina su teoría de la educación moral con algunos consejos. He aquí los principales. No se debe esperar mucho de los niños en cuestión de moralidad, y no es prudente exigirles mucho; el niño se asemeja moral y físicamente á los salvajes, y sus facultades morales se desarrollan poco á poco. El pesar y la indignación del padre deben expresarse y acompañar al castigo que resulte naturalmente del acto del niño. No conviene dar muchas órdenes, pero una vez dadas, se debe hacer que se cumplan. Es preciso enseñar al niño á gobernarse por sí mismo; se le debe, pues, acostumbrar poco á poco á la libertad. «Que la historia de vuestra legislación doméstica sea, en pequeño, la historia de nuestra legislación política: al principio la intervención autocrática, cuando la intervención es realmente necesaria; después un constitucionalismo naciente en el que se reconoce la libertad del individuo sobre algunos puntos; y luego extensiones sucesivas de la libertad del individuo, para concluir por la abdicación real.»

M. Spencer estudia; por último, la educación física, á la cual atribuye grande importancia, y que, según él, no se trata como merece. Mientras que todas las clases de la sociedad se ocupan mucho de la manera de criar los animales, se descuida completamente la educación física de los niños. «Tiempo es ya, dice M. Spencer, de que los beneficios aportados á los carneros y los bueyes, por los descubrimientos hechos en los laboratorios, recaigan también en favor de nuestros hijos.» Las leyes biológicas que se aplican á los animales, son, en efecto, valideras también para los hombres.

Uno de los lados más enojosos de la educación física actual es la tendencia al ascetismo, resultado de una reacción exagerada contra las costumbres completamente opuestas: se creía en otro tiempo que convenia hacer comer mucho á los niños, y ahora se cae en el exceso contrario. Comer demasiado y comer excesivamente poco son dos cosas igualmente malas; la segunda es tal vez más funesta. Es necesario atenerse al apetito de los niños, que lo mismo en ellos que respecto á los animales, es un guía seguro, y no contrariar su gusto ó su afición á ciertas sustancias. Su afición al azúcar, por ejemplo, no proviene de una golosina exagerada; es producida por la necesidad de asimilar un alimento productivo de calórico, en sustitución ó equivalencia de las materias grasas que generalmente no les gustan. Si algunas veces cometen los niños excesos, es porque se les ha contenido demasiado. El alimento de los niños debe ser tan nutritivo como el de las personas mayores, porque probablemente consumen más sustancia. Para economizar el trabajo digestivo es bueno emplear alimentos que, tomados en pequeña cantidad, nutran mucho. Conviene, sin embargo, que su volumen sea bastante considerable para que puedan llenar el estómago. La carne es indispensable: es de notar que los animales hervívoros son menos activos, menos fuertes, menos vivos que los carnívoros, y que una ley análoga se observa en la humanidad: «La historia enseña en general que las razas enérgicas y conquistadoras han sido siempre las razas bien alimentadas.» El trabajo de que es capaz un individuo aumenta ó disminuye según el alimento que toma, y «la abstinencia de carne produce una disminución de vigor físico é intelectual.»

Las comidas deben componerse de manjares

variados. Es un hecho demostrado por numerosas experiencias que casi no hay un sólo alimento, ni aun de primer orden, que suministre en proporcion bastante, ó conveniente, todos los elementos necesarios á las funciones normales de la vida; de donde se sigue que el cambio de alimento es á propósito para llegar á establecer la proporcion apetecida entre los diversos alimentos. Además, la impresion agradable causada por los alimentos que se toman con gusto (lo cual apenas sucede sino cuando los alimentos son variados) es un excitante nervioso que ayuda á la digestion.

La tendencia al ascetismo aparece aun en la manera de vestir á los niños. Contra la idea adoptada por muchas gentes, es preciso impedir una sustraccion demasiado grande del calor animal, que los niños pierden muy pronto. Conviene, pues, que los niños estén cubiertos, y sus vestidos deben ser suficientes á proteger el cuerpo contra toda sensacion de frio.

Los ejercicios físicos son necesarios á todos los niños, lo mismo de un sexo que de otro, y los mejores son los que en igualdad de condiciones les diviertan más. La gimnasia no tiene relativamente un valor muy grande; la suma de ejercicio que hace emplear se distribuye desigualmente, además de que es poco agradable. Los juegos á que espontáneamente se dedica el niño, excitando el sistema nervioso, ejercen sobre el cuerpo una influencia fortalecedora.

En otro tiempo se cuidaba, ante todo, del cuerpo; hoy se cultiva casi exclusivamente la inteligencia. Es preciso reunir los dos métodos. El exceso del trabajo mental causa muchos males, bien directamente al individuo, bien indirectamente, por herencia, á los descendientes. El cerebro ejerce grande influencia sobre el resto del organismo; y él mismo no se desarrollará bien si se le violenta. La cultura forzada es viciosa por todos conceptos: "viciosa, porque no hace adquirir al hombre sino conocimientos que no tarda en perder; viciosa, porque descuida la organizacion de los conocimientos, organizacion que vale más que los mismos conocimientos; viciosa, porque debilita ó destruye el vigor sin el cual la educacion intelectual resulta inútil; viciosa, porque enjendra esa mala salud á la que ningun resultado en el mundo puede servir de compensacion, y que hace doblemente amarga su inutilidad.

Vemos, pues, cuán importante es la salud física, y cuánto importa, por consiguiente, conservarla en los niños. La conservacion de la salud es un deber, y todo perjuicio ocasionado voluntariamente á la salud es un *pecado físico*.

Tal es, en resumen, la doctrina de M. Spencer sobre la educacion. Todas sus partes se refieren al mismo principio, y el principio fundamental que se desprende de la teoría es el de que es preciso favorecer cuanto se pueda la evolucion natural del niño, colocarle en las circunstancias más favorables á su desarrollo espontáneo.

La única falta de alguna importancia que, en nuestra opinion, se puede reprochar á M. Spencer, entre varias críticas de detalle, es la de no hacer indicaciones respecto á la educacion religiosa del niño. Y es un punto importante, delicado, y que no dejaria de ofrecer interés, tratado por un filósofo como M. Spencer.

El niño es naturalmente curioso. Cuando pregunta quién hizo la tierra, ¿qué se le debe responder? ¿Qué decirle cuando pretende saber lo que ha sido de alguno que ha muerto? ¿Se le debe hacer completar la evolucion efectuada por la especie, y conducirlo poco á poco del antropomorfismo á la teoría de lo inconocible ó al idealismo fenomenista? El menor inconveniente de este método seria la obligacion en que se estaria, si habia muchos niños de edad bastante diversa, de enseñar á uno una teoría y á otro la contraria. ¿Es preferible confesar al niño que ignoramos absolutamente de dónde procede el mundo y qué es de nosotros cuando morimos? Creemos que sí. Se podria temer que una confesion de ignorancia rebajase al padre á los ojos del hijo; pero una ignorancia presentada como general y comun á todos los hombres, no tendria nada de humillante, y el padre no se rebajaria más al confesar su desconocimiento respecto al origen de las cosas, que al decir á su hijo que, á pesar de su deseo, no podria llegar á apoderarse de la luna para ofrecérsela. Preciso es dejar que el niño se represente vagamente con formas humanas al autor del cielo y la tierra; estas creencias, que apenas ocupan el ánimo del niño, no tendrán ninguna raiz sólida y desaparecerán fácilmente cuando llegue el momento oportuno, sin detener la evolucion de su inteligencia.

F. PAULHAN.

(Traducción de R. de M.)

FILOSOFÍA GRIEGA.

ESCUELA JÓNICA.

Thales de Mileto: el agua.—**Anaximenes de Mileto:** el aire.—**Diógenes de Apolonia.**—**Heráclito de Efeso:** el fuego.—**Anaximandro de Mileto:** lo indefinido.—**Anaxágoras de Clazomene:** la fuerza motriz.—**Archelao** el físico.

La filosofía, siguiendo el camino trazado á la cultura humana, antes de llegar á Atenas, hace asiento en las costas del Asia menor y en las islas del Mar Egeo. En Efeso, Mileto, Lampsaco, Clazomene, nace y se desenvuelve la escuela Jónica, y, siglo y medio despues de *Thales*, *Archelao*, discípulo de *Anaxágoras*, maestro de Sócrates y uno de los últimos pensadores de la Escuela, la establece definitivamente en Atenas.

El problema fundamental que desde luego plantea la Escuela Jónica es el relativo al origen de las cosas; pero al tratar de resolverlo no pasa más allá del fenómeno sensible. Ofrece, pues, un sentido naturalista. No ve ese gran mundo psíquico donde tantas maravillas se han de crear y producir en el trascurso de los siglos. La espectación de los fenómenos de la Naturaleza es lo único que atrae á los Jónicos. Son filósofos físicos, se dirigen al conocimiento de lo que cae bajo el dominio de los sentidos. De aquí su método inductivo. Observan el mundo exterior, generalizan los hechos, y se elevan á una ley universal ó un principio primero, engendrador de todos los seres. De aquí tambien que las ciencias físicas y naturales ocupen preferente lugar en sus investigaciones; son físicos y astrónomos, y el fundador, *Thales* de Mileto, fué quien predijo aquel famoso eclipse; que dió fin á la guerra de los Medos con los Lidios.

La escuela Jónica se desdobra en dos aspectos distintos, el *dinamismo* y el *mecanismo*. Unos filósofos, *Thales*, *Anaximenes*, *Diógenes* y *Heráclito*, admiten un solo principio elemental, y explican la diversidad de los seres y de los fenómenos por un movimiento dinámico, por la acción de aquel principio ó fuerza viva; el *dinamismo* supone, pues, un motor que dá impul-

so y movimiento, ve la fuerza como lo primero y el principio, y entiende que bajo las múltiples y variadas manifestaciones de la existencia, se agita esa fuerza, ese principio único. Otros, *Anaximandro*, *Anaxágoras* y *Archelao*, reconocen varios principios, determinados ó indeterminados en número, de modo que para explicar el origen de las cosas y la constitucion del universo, les fué preciso apelar á la acción mecánica recíproca de todos aquellos principios, no siéndolos fenómenos naturales mas el que efecto de un cambio de relaciones exteriores en el espacio: el *mecanismo*, por consiguiente, significa una realidad en que no vive la fuerza interna, viniendo á ser el universo la resultante de infinitos principios combinados.

Ambas hipótesis tienden á un mismo fin, la explicacion de las numerosas modificaciones de la materia, y ambas se completan, porque la fuerza se ejerce por el movimiento, y el movimiento exige un motor. Todos los filósofos mecánicos buscan en otra concepcion lo que niegan en la Naturaleza, y esta concepcion revela el natural progreso de la Escuela, pues aunque no trascienda por completo de lo físico, pierde ya su carácter de elemento ó fuerza natural determinada. La enseñanza mecánica, no es la negacion de fuerza en la naturaleza, sino de su fuerza y virtud propias; es como la máquina que se mueve, y no se mueve por sí; es un mecanismo.

Thales de Mileto,—640 antes de Jesucristo, segun Apollodoro,—figura á la cabeza de los filósofos jónico-dinámicos.

Las tradiciones que de su vida han llegado hasta nosotros son muy escasas. Se limitan á decirnos que fué uno de los siete sábios de Grecia, que recorrió el Egipto, la isla de Creta y parte del Asia, y que llegó á una edad muy avanzada. La tradicion le atribuye tambien unos versos sobre astronomía náutica, y un poema de la naturaleza, semejante al de Jenófanes y Parménides.

Aristóteles, dijo que las enseñanzas formuladas por *Thales* reconocian sus fuentes en la tradicion y en la experiencia del mundo sensible. Esta y otras citas de aquel filósofo han sido verdadero rayo de luz para el conocimiento de las Escuelas anteriores á Sócrates. La Bibliografía y la Erudicion crítica poco pueden aña-

dir á las referencias del Stagirita, pues si bien hay en Grecia varios escritores que consagran su pluma en la vida y doctrinas de los filósofos, acogen de tal modo la fábula y la leyenda, y desfiguran tanto las tradiciones, confundiendo, quizá á sabiendas, lo histórico con lo legendario, que conviene leer con prevención á semejantes biógrafos, casi todos de la época Macedónica. Por el contrario, prestamos entero crédito á las relaciones de Aristóteles, siempre claro y preciso al dar los precedentes de la filosofía griega.

Thales de Mileto estudia la naturaleza bajo el punto de vista de su generacion y mantenimiento. Concibe la existencia de un principio único, por el cual se origina y conserva la Naturaleza, y se producen todos los fenómenos, causa de los infinitos accidentes que aparecen, según testimonio de los sentidos. Y al buscar este principio, ó elemento, esta primera materia, esta simiente del universo, á los sentidos acudía, y lo encontraba en la humedad, en el agua, necesaria á la existencia de los animales y plantas, y aún de los astros, que parece absorben los vapores que se elevan desde la tierra al cielo, recordando así aquella poética ficción que dá al Océano la paternidad de todos los seres. La semilla y germen de que nace un ser nos demuestra la experiencia que es algo húmedo, y el agua es la manifestación más clara y visible de este principio creador que todo lo enjendra y mantiene. Desde que falta el agua viene la sequía, predicción de la muerte. El agua es susceptible de muchas modificaciones, vapor, nubes, lluvia, rocío, nieve, etc., accidentes todos de una misma sustancia, cuya unidad siempre permanece.

Thales no dice que haya en esta unidad permanente elemento alguno distinto del natural, ni indica principio inteligente y ordenador que lleve á cabo todo lo que se cumple por la eficacia de la única fuerza generatriz. No hay más que lo húmedo, fuerza que penetra todo el mundo, haciendo que el mundo todo esté en el agua, semejante á aquellos poetas cosmogónicos que consideraban la laguna Estigia como la más antigua de la tierra.

La Escuela jónica obtuvo gran éxito y discípulos y propagandistas en no escaso número. El primero que cita Aristóteles es *Anaximenes*, también de Mileto—550 a. de J. C.—que oyó

las doctrinas de *Thales* en la edad más adecuada para la filosofía, y heredó el predominio y autoridad escolástica del maestro, á quien sigue en lo capital de la enseñanza. Buscaba como *Thales* un principio único generador y conservador de la Naturaleza entera, que debía encontrarse en el fondo mismo de ésta, puesto que para el filósofo de la Escuela física Naturaleza es todo lo que existe. Supone que ese principio no sólo crea el reino inorgánico, sino también el orgánico, porque la semilla de uno y otro es la misma, sin exceptuar ni aun el mundo humano. Todo era manifestación distinta de un único principio. Representa, pues, el dinamismo naturalista de *Thales*. Mas apartóse del maestro en la designación del principio. Quiso hallar algo más hondo, más sutil, no tan material como el agua, y sin traspasar los límites de su Escuela, creyó que correspondía mejor á las cualidades y condiciones del principio el aire que no el agua.

El agua, principio de *Thales*, no es otra cosa que una condensación del aire. El aire frío causa la humedad y hace cambiar de forma al agua. Luego, si lo más simple es lo primero y el aire es más simple y uno que el agua, el aire es el principio, tanto más cuanto que este principio ha de ser animante, ha de desarrollar la vida, y lo que no respira, lo que no recibe aire, no vive. La aspiración y la respiración constituyen la vida de los seres organizados. De aquí se deduce que el aire no es un simple elemento, un principio material puramente físico, sino un principio biológico, la vida. *Anaximenes* confunde la condición de la vida con la vida misma, y esta confusión da á su doctrina caracteres más elevados, pues desde el momento en que el aire es el principio primero en cuanto vivifica, preséntase la vida como elemento generador.

Los atributos del principio único y generador son la inmensidad y el movimiento eterno. Como inmenso é infinito, es el aire todo lo que existe y puede existir y llena el Universo entero, y por el movimiento hay una serie continua y eterna de dilataciones y condensaciones que producen el agua, la tierra y el fuego, principios ó elementos que pudiéramos llamar segundos, porque ellos dan origen á todos los demás seres. Hay, pues, un cambio perenne de formas, en medio del cual la sustancia permanece una é idéntica, y éstas sucesivas modificaciones de la

sustancia primera se efectúan fatalmente, como consecuencia necesaria de aquél movimiento inherente *ab eterno* á la causa generadora. Es en vano buscar en *Anaximenes* idea providencial ó elemento que dirija, ordene y concierte las dilataciones y condensaciones del aire, único germen productor de todo lo que es en el mundo.

Con portentosa fantasía concibe el filósofo las trasformaciones del aire, que después de engendrar el cuerpo y el organismo, constituirían la sangre y quizá otro fluido acríforme que daba impulso y salud al sér humano. El hombre, en último resultado, no es más que airé en distintos estados, aire sólido, líquido y gaseoso; en él se armonizan los tres estados de la materia.

En suma, las doctrinas de *Anaximenes* revelan una concepción que se acerca mucho al panteísmo naturalista, lo cual se halla en consonancia perfecta con las leyes generales de la naturaleza é historia del pensamiento humano. El panteísmo materialista se dibuja más ó menos en todas las primeras edades de la filosofía.

La inevitable ley del progreso se vá manifestando dentro de la Escuela Jónica. *Diógenes* de Apolonia—460 a. de J. C.—siguiendo las tradiciones de *Thales* y *Anaximenes*, cree que el sumo saber se encuentra en el conocimiento del único y primer principio, y que en la indagación de ese principio han de aunarse todas las fuerzas y virtualidades humanas, doctrina de cierto aspecto oriental.

Su punto de partida es la afirmación y prueba de que no existe ni puede existir más que un sólo principio, que es el aire, pero el aire, no tan sólo como aquella fuerza que determinaba la vida, sino el aire inteligente, una fuerza penetrada de inteligencia que, á la par que crea, ordena y concierta el mundo.

El aire es, pues, fuerza, inteligencia y causa del orden universal, de donde resulta el principio físico de la Escuela como razón suprema y fuente de todo conocimiento. Pero aún no aparece realidad distinta de la materia, aún no se vislumbra lo espiritual, que no cabía dentro de la Escuela físico-naturalista de los jónicos. El principio es fuerza, inteligencia y razón, sin dejar de ser principio físico y material. La inteligencia y la razón no son cosa distinta del principio, del aire, sino que el mismo aire es inteligencia y es razón, animando y concertando á todo. El

alma humana no es más que aire muy caliente, y el pensamiento el paso rápido del aire á través de la sangre.

El aire es eterno. Todo lo produce, todo lo penetra, está en todo, nada hay que no participe de su naturaleza; pero todo participa diversamente, porque el aire es variable hasta el infinito, y de aquí la diferencia infinita de las cosas. La vida y armonía del mundo se explican mediante la unidad del aire, principio único, y la vida de las cosas individuales por los diversos modos y formas de aquel principio.

En la sucesión de tres pensadores y en el trascurso de muy poco tiempo, ese principio primero que no entraña consecuencias y que se esteriliza en el pensamiento de *Thales*, es ya estimado con otras condiciones por *Anaximenes*, y según *Diógenes*, aquel aire, no sólo causa la vida y el organismo, sino que es inteligente, razón, concertador y ordenador de la infinita diferencia de las cosas, y crea la animación propia y peculiar de cada sér. De modo que finalidad, causa, principio, orden y demás nociones tan naturales en la filosofía, van, aún sobre base al parecer estéril, presentándose en una misma Escuela, revelando al historiador la imposibilidad de que la especulación filosófica no se vea influida por esas eternas verdades.

Heráclito de Efeso floreció hácia el año 504 a. de J. C. Hijo de uno de los más importantes ciudadanos de Efeso, renunció en su hermano la suprema magistratura, y se consagró, libre de otros cuidados, al estudio de la filosofía. Fue autor de un libro dividido en tres partes que, según *Diógenes Laercio*, trataban del Universo, de la Política y de la Teología; de modo que ya no concretó su pensamiento en lo puramente físico, sino que pasaba al orden moral y social, buscando otros elementos, y descubriendo además tendencias y caracteres que obligan á considerarle como el filósofo que, dentro de la Escuela jónica, representa la evolución del dinamismo al mecanismo.

Este filósofo pareció como olvidado por largo tiempo, hasta el punto de que los historiadores del siglo precedente no hacen de él más mérito que de cualquier otro discípulo de *Thales*. Pero *Aristóteles* ponía ya gran empeño en la refutación de algunos conceptos lógicos de *Heráclito*,

y los elogios que le tributa un ilustre pensador moderno que han hecho de su nombre uno de los más afamados de la Historia de la filosofía.

Deteniéndose hoy ya el estudio en *Heráclito*, se ha visto que en la antigüedad la erudición leía con avidéz todo lo referente á su doctrina, que en los primeros siglos del Cristianismo, varios Santos Padres de la Iglesia griega, dejáronse influir no poco de su enseñanza, y que los primeros biógrafos le llamaron el tenebroso, el oscuro, *σκοτεινός*, el hombre de los pensamientos velados, porque sus doctrinas encerraban vagos conceptos y admitían interpretaciones diferentes.

La fama y autoridad de que goza *Heráclito* en la crítica novísima, se funda en que el último aspecto de la moderna especulación, la escuela Hegeliana, parece en él como anunciada y entrevista; en que *Heráclito*, partiendo del principio dinámico, teniendo ya á la vista el mecánico, que sostienen *Anaximandro* y *Anaxágoras*, tal vez inconscientemente ensaya una tentativa de armonía de ambos problemas, dando á entender que no había oposición entre las doctrinas de *Thales* y *Anaxágoras*. Resolvía el problema físico y sensible, clavando su atención en la doctrina del Sér, idea que sorprende en aquellas remotas edades y que hace sospechar de la autenticidad de los fragmentos donde aparece, sospecha hija tal vez más del asombro que de otra causa; pero como tanta falsificación, de buena y de mala fé, se ha hecho, bueno será no olvidar estas dudas, teniendo muy en cuenta, sin embargo, que no hay datos bastantes para fundarlas científicamente.

Heráclito afirma que el Sér y el No ser son una misma cosa; que el Ser no es, pero que constantemente *llega á ser*. No es más que la ola y el reflujó de la sucesión, del aparecer; pero sin valor ni permanencia, ocasionando esas infinitas determinaciones que en el fondo no son más que el *ser* llegando á ser que del *no ser* pasa á lo que es y continúa siendo.

Con *Heráclito*, afirmando que el *no ser* y el *ser* son una misma cosa, porque todo llega á ser y nada es, en el sentido de que sólo lo determinado subsiste como una oleada fugaz de lo indeterminado que se va determinando, era imposible, según algunos, que se mantuviera aquel principio único que, como teniendo valor y substancia, habían sostenido los de la Escuela

de Mileto, y de aquí la necesidad de separar á *Heráclito* de los demás filósofos jónicos; aunque bien por que fuera tenebroso en su pensamiento, bien por que la índole de éste repugnara al sentido fantástico y sensual de los primitivos griegos, la tendencia que señala no continúa, no forma Escuela aparte ni se le conocen discípulos.

Cierto que aquel carácter predominantemente físico que hasta ahora había sido la enseña de los jónicos, desaparece, y lo indeterminado sueña ya en la Historia de la Filosofía; pero es muy cierto también que *Heráclito*, como *Thales*, *Anaximenes* y *Diógenes*, busca el principio general y fundamento de todo ser y de toda existencia en el orden cósmico, y lo encuentra en el fuego, *πῦρ* que no es el fuego físico, sino un fluido semejante á lo que después se ha llamado calórico, elemento y principio universal. El fuego no tiene comienzo ni fin, constantemente crea, destruye y vuelve á crear y destruir en eterna é incesante actividad, y esto es lo más sustantivo y permanente que puede alcanzar la razón humana. Aquí encontramos el principio y el método de todos los filósofos de la Escuela jónica; pero *Heráclito* tiende á llegar á lo absoluto en vez de quedarse en el principio de los fenómenos y de las fuerzas particulares de la naturaleza; cree que sólo en la idea de un ser ilimitado y absoluto cabe hallar el fundamento de la ciencia, y mostrándose audaz y atrevido, hace la explicación cosmogónica suponiendo que el fuego se manifiesta en diversos estados, desde el estado absoluto, purísimo, celeste, á los estados determinados de apariencia de los objetos que la vista, el oído ó el tacto nos enseñan, y los estados de combinación en el aire y en el agua ó en el mar, no siendo la parte sólida del mundo, la tierra, otra cosa que el fuego ya apagado.

Consecuencia del fuego es la producción de un doble movimiento, de ascenso ó de descenso, según lo sólido, perdiendo afinidad ó cohesión, llega á elevarse hasta lo purísimo, y según lo celeste, lo absoluto, se enfria, se apaga, y de vapor pasa á líquido y á sólido, y entonces cae ó descende. Este doble movimiento se cumple en medio de lucha, oposición y contrariedad, y siendo la vida movimiento, no hay vida sin oposición y lucha de contrarios; no hay virtud que se estime sino en cuanto se opone al vicio, y en tanto el vicio vive en cuanto muere la

virtud; y el día y la noche, la luz y las tinieblas, el calor y el frío, mostrarán eternamente aquella lucha perpétua de los contrarios en el mundo. Nosotros mismos, vivimos para morir, y morimos porque hemos vivido. La vida y la muerte; otra oposicion.

Pero, así como en la música, sobre tonos y sonidos é intervalos diferentes y contradictorios, se dá y manifiesta la armonía, así tambien en el movimiento universal del Cosmos hay algo que armoniza, porque esa oposicion no es principio, sino condicion de vida; tiene una finalidad determinada, y solo de este modo es como puede concebirla la inteligencia humana, apareciendo aquí el vislumbre de lo permanente, absoluto, purísimo y celeste, el fuego; del cual los seres relativos no son más que modificaciones y estados particulares. Los objetos se contradicen, y esta contradiccion es absorbida por otra, y así sucesivamente, pero sin llegar á ser absoluta. Contradiccion eterna no la hay ni puede haberla más que en los seres particulares. Toda oposicion y contrariedad es puramente relativa; solo se concibe bajo este carácter, y de aquí la doctrina de que todo fluye, todo pasa, en virtud de ese principio de lucha, merced á los efectos causados por los contrarios y por la oposicion. Por esto no es posible entrar dos veces en la misma corriente de agua, por esto es imposible hallarse dos veces en la misma situacion de vida. Todo es un fluir y un pasar constante y sin tréguas; todo pasa, muda y cambia, porque el principio, el fuego, lo divino, se dá perpétuamente en ese pasar y mudar, sin poder concebir jamás estabilidad y permanencia en ningun estado, ni en el espíritu, ni en el cuerpo, ni en la materia, ni en la vida, ni en la muerte, ni en el mundo, mundo que se extinguirá entre las llamas, purificándose con el incendio todo lo que es para dar comienzo á otro mundo nuevo, á otro nuevo modo de ser, á otra lucha, á otra vida que el espíritu humano no puede determinar, pero que, sin embargo, colige y predice. Y este segundo mundo no será más que posicion relativa respecto á un tercer mundo, éste respecto á un cuarto, y así hasta el infinito; porque lo divino, el fuego, se muestra constantemente en la trasformacion de lo cósmico y humano.

Las teorías de *Heráclito*, en lo que toca á la inteligencia, presentan ciertos caracteres que no deben ya sorprendernos. Hay la aparicion, la

fenomenalidad; lo sustancial, lo recóndito, lo que es. Los sentidos nos dan la apariencia, que conocemos mediante el entendimiento ó facultad de percepcion, viniendo á ser las percepciones como canales que abre el alma para que lleguen á ella por distintas rutas y caminos los diferentes cambios ó fenómenos que se van produciendo. Así el conocimiento no es más que una representacion interna de las evoluciones objetivas. Pero este es un conocimiento imperfecto, parcial, relativo, porque sólo relaciones, partes, fenómenos, apariencias, es lo conocido. Hay otro conocimiento superior, el conocimiento total, que únicamente se consigue identificándonos con lo esencialismo, con lo divino, con el *νομος θεος*, y cuando esta identificacion se logre, entonces habremos alcanzado la ciencia, el *λογος*, la razon divina. Esta divina razon, ¿es asequible al conocimiento humano? Hoy por hoy no lo es, queda como un deseo del hombre, como una aspiracion del filósofo. Es menester que la conciencia vaya sobreponiéndose á la aparicion y particularidad para buscar lo comun y general, donde está la ley del conocer, y cuando hayamos llegado á eso general y comun, entonces podremos alcanzar certeza en el conocimiento.

Ahora, conocidas las doctrinas de *Thales*, *Anaxímenes*, *Diógenes* y *Heráclito* será fácil comprobar la progresion natural del problema filosófico dentro de la Escuela jónico-dinamista. El primero y único principio, despues de haber sido agua, se ha convertido en aire vivificante y en aire inteligente; sobre el mundo de la Naturaleza se muestra lo ordenador, lo concertador, la razon, y aquel principio que se agitaba solo dentro del mundo material y físico, se eleva y se aproxima de cada vez más á esferas suprasensibles. Plantéase el problema bajo un concepto absoluto, se habla de lo divino, celeste y purísimo, se desconfia de los datos del sentido, de la apariencia, del fenómeno, y poniendo en tela de juicio lo particular y aspirando á un conocimiento superior de lo sustancial, de lo que es permanentemente, se abre paso á otro nuevo período en la historia de la filosofía griega, antes de Sócrates.

RICARDO BELTRAN Y RÓZPIDE.

(Concluirá.)

JUSTIFICACION DE LA TEORÍA DE LA DESCENDENCIA. *

HISTORIA DE LA CREACION, SEGUN LINEO.

El valor científico de una teoría no sólo se mide por el número é importancia de los puntos que esclarece, sino por la sencillez y generalidad de las causas que invoca como base de sus explicaciones; y, cuanto mayores son, en cantidad y categoría, los fenómenos que describe, más sencillas y generales son las causas que los producen, mayor su importancia científica, y más obligados estamos á aceptarla como seguro guía.

Recordad por un momento la teoría considerada hasta hoy como el más brillante esfuerzo del espíritu humano: la teoría de la gravitacion, expuesta, hace doscientos años, por el inglés Newton, en sus «Principios matemáticos de filosofía natural,» que vino á resolver un problema de tal magnitud, que escede á toda ponderacion, puesto que su autor se propuso nada ménos que someter á leyes matemáticas los fenómenos del movimiento de los planetas y, por decirlo así, la arquitectura del Universo, afirmando que, la causa infinitamente sencilla de todos estos fenómenos tan complejos, no es más que la ley de la gravedad ó de la atraccion mútua de las masas: ley que, á la vez, explica la caída de los cuerpos, su adherencia, su cohesion y otra multitud de hechos.

Meditad, despues, del mismo modo en la teoría de Darwin, y necesariamente habreis de convenir en que merece ser colocada entre las grandes conquistas de la inteligencia humana, y en que de derecho le corresponde figurar al lado de la teoría newtoniana de la gravitacion. De seguro que ha de pareceros exagerada, ó cuando ménos muy aventurada, la opinion que acabo de emitir; pero abrigo la esperanza de demostrar, en el curso de estas lecciones que, con esta afirmacion, no he colocado aún á la teoría de Darwin en el elevado lugar que le corresponde. Ya he citado, en la conferencia anterior, algunos de los hechos más importantes y generales del mundo orgánico, cuyas causas nos explica el darwinismo, entre los cuales figuran, en primera

línea, los cambios de formas anexos al desarrollo de los organismos individuales, y de cuyos variados y en extremo complicados fenómenos era hasta aquí muy difícil dar una explicacion mecánica ó, lo que es igual, hacerlos depender de causas eficientes. Recuerdo que con este motivo os he hablado de los órganos rudimentarios, aquellas notables partes de los animales y plantas que no tienen objeto alguno y que rechazan toda explicacion teleológica; así como cualquiera interpretacion que atribuya á la presencia de los organismos un designio preconcebido. Fácil me será citaros todavía gran número de fenómenos no ménos importantes y enigmáticos, y de los cuales la doctrina genealógica, reformada por Darwin, dá una sencilla explicacion. Mencionaré, de paso, la distribucion geográfica de los animales y plantas, y la reparticion de los organismos extinguidos ó fósiles en las diferentes capas geológicas; importantísimas leyes geográficas y paleontológicas que hasta hace poco tiempo nos veíamos precisados á considerar como simples hechos, y cuyo conocimiento de sus causas eficientes debemos también á la doctrina genealógica.

Otro tanto podemos decir de todas las leyes generales de la anatomía comparada, y en particular de la gran ley de la division del trabajo, ó sea de diferenciacion (polimorfismo), ley que desempeña un papel capital lo mismo en la sociedad humana en general, que en la organizacion individual de los animales y plantas, y que supone una diversidad cada vez más grande, y una evolucion cada vez más progresiva. Pues bien: la ley de la evolucion progresiva, hasta ahora admitida como un simple hecho, así como la de division del trabajo, esta ley del progreso, visible en todo, en la historia de los pueblos como en la de los animales y plantas, también ha sido esclarecida en su origen por la doctrina genealógica. Y sí, por último, abarcando con una mirada el conjunto de la gran naturaleza orgánica, relacionais, por medio de la comparacion, los grandes grupos de fenómenos biológicos, ya aclarados por medio de la doctrina genealógica, no veréis en ellos la obra artificial y premeditada de un creador que realiza un plan, sino el efecto fatal de causas eficientes que residen, tanto en la constitucion química, como en las proximidades físicas de la materia.

Estamos, pues, en el caso de afirmar con toda

(*) Véase el número anterior, página 1.

seguridad, como espero demostrar en el curso de estas lecciones, que la doctrina genealógica nos permite, por la primera vez, reducir á una sola ley el conjunto de todos los fenómenos orgánicos de la naturaleza, y atribuir una causa única al mecanismo infinitamente complejo del mundo, de tan variados fenómenos. Bajo este aspecto el darwinismo se coloca al lado de la teoría newtoniana de la gravitación, por no decir que la supera en ventajas.

La naturaleza de la explicación es tan sencilla en el uno como en el otro caso. No ha necesitado Darwin descubrir nuevas ni hasta entonces desconocidas propiedades de la materia, para explicar un conjunto de fenómenos tan complicados: no se encuentra nada en el darwinismo que implique nuevos modos de combinación material, ni nuevas fuerzas de organización, sino relaciones extraordinariamente ingeniosas, agrupación sintética y comparación meditada de numerosos hechos conocidos desde muy atrás, con la ayuda de los cuales Darwin ha resuelto «el santo enigma» del mundo de las formas animales. Pero lo más capital de su teoría, es la consideración de los estrechos lazos que unen entre sí las dos propiedades generales del organismo, la herencia y la adaptación. Poniendo, tan sólo, en evidencia las muchas relaciones que existen entre estas dos actividades vitales, estas dos funciones del organismo; observando, á la vez, las que hay entre los animales y las plantas que habitan un mismo lugar; y limitándose á apreciar, como se merecen, estos sencillos hechos y á reunirlos hábilmente, es como Darwin ha llegado á descubrir las verdaderas causas eficientes (*causae efficientes*) de las formas infinitamente complejas de la naturaleza orgánica.

La idea fundamental del darwinismo, que consiste en afirmar que todas las diferentes formas animales y vegetales proceden de un corto número de formas en extremo sencillas, ó tal vez de una sola, seguramente que no es nueva: se la conoce hace mucho tiempo, y en especial el gran Lamarck, la había formulado claramente á principios de este siglo, aunque limitándose á plantear sencillamente la hipótesis de un origen común, sin apoyarla en las causas eficientes, en cuya demostración consiste principalmente el inmenso progreso realizado por el darwinismo. Darwin ha encontrado las verdaderas causas del lazo genealógico en las propiedades fisiológicas

de herencia y adaptación de la materia orgánica; pero fuerza es confesar que el ingenioso Lamarck no tenía á su disposición el colosal acopio de hechos biológicos, que las infatigables investigaciones de los naturalistas han aglomerado en estos últimos cincuenta años, y que Darwin ha convertido en un triunfante aparato de demostración.

No es el darwinismo, como con frecuencia aseguran sus adversarios, una hipótesis caprichosa, una suposición sin fundamento; ni depende de la voluntad de cada naturalista aceptarla ó no á título de teoría explicativa. En virtud de los principios fundamentales en vigor en el dominio de las ciencias naturales, estamos forzosamente obligados á aceptar y conservar, hasta que se presente otra mejor, cualquier teoría, aun la más débilmente fundada, que pueda conciliarse con las causas eficientes. No hacerlo así, es rechazar toda *explicación científica* de los fenómenos; y en verdad que en este terreno se hallan colocados muchos biólogos que consideran como perfectamente enigmático todo el dominio de la naturaleza animada, que miran el origen de las especies animales y vegetales, y los fenómenos de su evolución y de su parentesco como imposibles de ser explicados, como verdaderos milagros, y que ni aún quieren oír hablar de una verídica interpretación de estos hechos.

Estos adversarios de Darwin, tan refractarios á toda explicación biológica, dicen habitualmente: «El sistema de Darwin, que supone un origen común á todos los organismos, es una simple hipótesis á la cual oponemos esta otra: todas las especies animales y vegetales no proceden genealógicamente las unas de las otras, sino que han nacido aisladamente en virtud de una ley natural todavía desconocida.»

Pero en tanto que no se expongan algunas de las razones que existen para pensar en este origen, ó para considerarlo como una «ley natural», y en tanto que no se dé algún fundamento ó verosimilitud á este modo de concebir aisladamente el origen de las especies animales y vegetales, esta hipótesis tan contradictoria no puede ser, en realidad, una hipótesis, sino un juego de palabras vacío de sentido. La denominación de hipótesis no conviene al darwinismo, porque toda hipótesis científica es una suposición basada en propiedades, en fenómenos de

movimientos desconocidos, y que no han sido comprobados, por más que se atribuyan á cuerpos de la naturaleza; pero la teoría de Darwin no supone ninguna clase de hechos desconocidos, sino que tiene por base propiedades generales de los organismos de muy atrás conocidas; y lo que le dá tan extraordinaria importancia es, como ya lo he hecho notar, la reunion tan comprensible y tan extremadamente ingeniosa de multitud de fenómenos hasta aquí aislados. Merced á ella hemos llegado, por la vez primera, á atribuir á una causa eficiente el conjunto de los fenómenos morfológicos generales observados en el mundo de los animales y plantas; y esta causa única é invariable, la accion combinada de la herencia y de la adaptacion, es además, una causa fisiológica, es decir, una relacion mecánica ó fisico-química. Hé aquí los motivos que obligan á la zoología y botánica á aceptar necesaria é imperiosamente la doctrina genealógica que Darwin ha fundado sobre bases mecánicas.

Una vez que, á mi juicio, el inmenso valor del darwinismo consiste en que explica mecánicamente los fenómenos de las formas orgánicas hasta aquí incomprensibles, me es forzoso decir, de paso, algunas palabras respecto al sentido que conviene dar á la expresion equívoca de explicacion. Muy á menudo se objeta á la teoría de Darwin que, por más que explica muy bien los fenómenos en cuestion, invocando la herencia y la adaptacion, no explica tan bien estas propiedades de la materia orgánica y por lo tanto, no penetra en el fondo de las cosas. Ninguna objecion hay más justa; pero es lo cierto que en nada podemos conocer el fondo de las cosas. El origen de cada uno de los cristales de sal que obtenemos por la evaporacion de las aguas madres es, en el fondo, tan misterioso, tan incomprensible como el origen de cualquier animal evolucionando desde el punto de partida de una simple célula ovular. Al explicar los fenómenos físicos ó químicos más sencillos, por ejemplo, la caída de una piedra, ó una combinacion química, nos cansamos en vano, despues de haber descubierto y comprobado sus causas eficientes,—la gravedad, la afinidad química,—en buscar otros fenómenos todavía más complicados que, en su íntima naturaleza, son verdaderos enigmas. Esto consiste en los reducidos límites y en la relatividad de nuestros

medios de conocimiento. No olvidemos que la inteligencia del hombre es limitada y que su campo de accion tiene una estension relativa, lo cual depende, ante todo, de la constitucion de nuestros órganos de los sentidos y de nuestro cerebro.

Todo conocimiento tiene por principal origen una percepcion sensual. A esto se objeta que el hombre posee ideas innatas, llamadas *a priori*; pero la doctrina de Darwin demuestra, como vereis más adelante, que éstos conocimientos que se dicen *a priori*, han sido adquiridos *a posteriori*, y proceden, en último resultado, de otros que originariamente se derivan de percepciones puramente empíricas, y por lo tanto de experiencias sensoriales que, teniendo la particularidad de haber sido adquiridas por una serie de generaciones, parecen á las que les suceden nociones independientes, innatas, adquiridas *a priori*; pero todas ellas han sido recibidas *a posteriori* por nuestros antepasados animales, y más tarde trasmitidas, poco á poco, por herencia, y convertidas en nociones *a priori*. En resumen, estos conocimientos tienen por base simples experiencias; y, por medio de las leyes de la herencia y adaptacion, podemos fácilmente demostrar que las nociones *a priori*; no difieren esencialmente, en las especies de las nociones *a posteriori*; y aun afirmar que la experiencia sensual es la base de todos los conocimientos. Esto es lo que hace tan limitado el dominio de la ciencia, y por eso nunca podremos llegar hasta el verdadero fondo de un fenómeno cualquiera. La fuerza de cristalización, la gravedad, la afinidad química, permanecen tan ininteligibles para nosotros como ininteligibles son en su esencia la herencia y la adaptacion.

Péro si la teoría de Darwin explica por medio de una causa única el conjunto de los fenómenos que acabamos de enumerar, si nos demuestra que la causa eficiente de todos ellos es la unidad de constitucion del organismo, cumple de este modo con todas las condiciones que en la actualidad tenemos derecho á exigir. Hay muchas y fundadas razones para esperar que estas últimas causas á que Darwin ha podido llegar, es decir, las propiedades de herencia y adaptacion, podrán ser estudiadas todavía más, y que acabaremos por llegar á señalar por ejemplo á estos fenómenos, como causa única, el modo de agrupacion de las moléculas materiales del

huevo. Pero por el momento, nos contentamos con haber llegado hasta el conocimiento de dichos fenómenos, del mismo modo que en la teoría newtoniana nos hemos detenido al llegar á los movimientos de los planetas y á la gravedad, que es, á la vez, en su esencia, un verdadero enigma para todos.

Antes de abordar definitivamente el principal asunto de estas lecciones, es decir la doctrina genealógica y sus principales consecuencias, permitidme que haga un poco de historia, dirigiendo una mirada retrospectiva á las opiniones más amplias é importantes, que antes del darwinismo imperaban, sobre la creación orgánica y el origen de las numerosas especies animales. No entra en mi propósito entreteneros con la relación de todas las cosmogonías poéticas inventadas por las diferentes especies, razas ó tribus humanas, porque por más interesante y fecundo que sea un exámen de esta clase, bajo el punto de vista etnográfico y para la historia de la civilización, forzosamente habria de llevarme muy lejos; y la mayoría de las leyendas cosmogónicas presentan por otra parte un carácter tan fantástico, se nota en ellas tal falta de conocimiento formal de la naturaleza, que no tienen ningun interés para un estudio científico de la historia de la creación. Me limitaré, por lo tanto, á exponer una sola de las cosmogonías imaginarias: la mosaica, que es la que la mayor influencia ha ejercido en la civilización de occidente, ocupándome, despues, de las hipótesis fundadas en ella que tienen un carácter científico y que por la primera vez han sido formuladas por Lineo, á principios del siglo pasado.

Cuantas opiniones se han emitido respecto al origen de las especies animales y vegetales, pueden fácilmente reducirse á dos grandes grupos: él de los que explican la creación por los medios naturales, y él de los que la atribuyen á medios sobrenaturales.

Responden perfectamente ámbos grupos á los dos principales modos que el hombre ha elegido para interpretar los fenómenos del universo, á las dos opiniones que he presentado en oposición, llamando unitaria á la una, y dualista á la otra. La opinion vulgar, que es la dualista, teleológica ó vital, considera la naturaleza orgánica como producto de un creador que obra en virtud de un plan. Segun ella, hay que

admitir «un pensamiento creador» encarnado en cada especie animal ó vegetal, y la expresión material de una causa final realizando un fin determinado (*causa finalis*). Esta opinion forzosamente tiene que recurrir á procedimientos sobrenaturales y de ningun modo á los mecánicos, para explicar el origen de los organismos. Estamos, pues, en el caso de llamarla *Historia de la creación sobrenatural*. De todas estas historias teleológicas de la creación, la de Moisés es la que más influencia ha ejercido; y, patrocinada por un naturalista tan eminente como Linneo, la historia natural la recibió con benevolencia. Las opiniones sobre la creación, emitidas por Cuvier, Agassiz, y en general por la mayor parte de los naturalistas, así como las que poseen las personas ajenas á la ciencia, pertenecen á este último grupo.

Por el contrario, la teoría evolutiva expuesta por Darwin y de la cual hemos de ocuparnos titulándola *Historia de la creación natural*, teoría que Goethe y Lamarck habian ya formulado, nos lleva necesariamente, si se la sigue hasta sus lógicas consecuencias, á admitir en definitiva el concepto *unitario ó mecánico*. En oposición á la teoría dualista ó teleológica, la teoría mecánica considera las formas de la naturaleza orgánica y las de la inorgánica como productos necesarios de fuerzas naturales, no viendo en cada especie animal ó vegetal el pensamiento materializado de un creador personal, sino la expresión transitoria de cualquier período de la evolución mecánica de la materia, ó de una causa necesariamente eficiente, de una causa mecánica (*causa efficiens*). Mientras que el dualismo teleológico busca en las maravillas de la creación las ideas arbitrarias de un creador caprichoso, el unitarismo, considerando sus verdaderas causas, encuentra solamente en estas fases evolutivas los efectos necesarios de leyes naturales, ineludibles y eternas.

Con mucha frecuencia se dice que el unitarismo, cuya causa defendemos aquí, es lo mismo que el materialismo: como se ha llamado *materialistas* al darwinismo y á la teoría de la evolución, no puedo dispensarme de protestar, desde luego, contra la ambigüedad de esta expresión, y contra la perfidia con que ciertamente se emplea para desprestigiar nuestra doctrina.

Con la expresión «materialismo» se mezclan y confunden generalmente dos cosas que en reali-

dad no tienen absolutamente nada de comun: el materialismo de las ciencias naturales y el materialismo moral. ¿Cuál es en el fondo la pretension del materialismo de las ciencias naturales, que es idéntico á nuestro unitarismo? Pues es simplemente que en el mundo todo marcha en virtud de leyes naturales, que todo efecto tiene su causa y toda causa tiene su efecto. Nuestro materialismo sometió el conjunto de los fenómenos perceptibles, á la ley de la causalidad, esto es, á la ley de la connexion necesaria entre causas y efectos, rechazando en absoluto toda creencia en lo milagroso y toda idea preconcebida de procedimientos sobrenaturales: no hay para él, en ninguna de las regiones del humano saber, una verdadera metafísica, sino únicamente física, y afirma sin vacilar que la materia, la forma y la fuerza están unidas indisolublemente. Está tan generalmente y desde hace tanto tiempo admitido este materialismo en el vasto dominio de las ciencias inorgánicas, en física, en química, en mineralogía, en geología, que nadie duda ni aun de si tiene ó no derecho para invadir estas ciencias; pero en biología sucede todo lo contrario, y así se vé que, aun hoy, se le combate desde diferentes puntos, sin oponerle, en verdad, otra cosa que el metafísico fantasma de una fuerza vital ó á veces los simples dogmas teológicos. Sí, por lo tanto, llegamos á demostrar que toda la naturaleza perceptible es una; que las grandes leyes inmutables y eternas, que obran en los fenómenos de la vida de los animales y plantas, obran tambien en el crecimiento de los cristales, en la fuerza expansiva del vapor acuoso, habremos sometido exactamente á la doctrina unitaria ó mecánica todo el dominio de la biología, lo mismo en zoología que en botánica. ¿Podrá acusárenos entonces, con fundamento, de materialistas? En este sentido toda la historia natural exacta, y con ella la ley de causalidad, son, sin disputa, puramente materialistas.

El materialismo de las costumbres es diferente de este materialismo científico, con el cual nada tiene de comun. Aquél, el materialismo ético, el verdadero materialismo, tiene por objeto, en la práctica de la vida, el placer sensual. Ohcecado por un lamentable error, que le hace ver en el placer puramente material el único medio de llegar á una verdadera satisfaccion, y no encontrándola en ninguna de las for-

mas de la voluptuosidad sensual, el hombre las recorre todas, gastando inútilmente su vida en buscarla. Que el verdadero valor de la vida no consiste en el placer material, sino en el hecho moral; que la verdadera felicidad no reside en los bienes exteriores, sino únicamente en una conducta virtuosa, son verdades que el materialismo ético desconoce. Inútilmente se buscará este materialismo en los naturalistas filósofos que encuentran el supremo placer en la contemplacion intelectual de la naturaleza y cuyo anhelado objeto es el conocimiento de las leyes naturales. Si se le quiere encontrar, búsquesele en las regiones habitadas por aquellos hipócritas que, cubriéndose con la máscara de una austera piedad, tratan sólo de ejercer una tiranía gerárquica y de explotar á sus contemporáneos. Demasiado ignorantes para comprender la infinita nobleza de lo que se llama "la vil materia," y por consiguiente el esplendor del mundo de los fenómenos por ella engendrados; insensibles al inextinguible encanto de la naturaleza; desconociendo sus leyes, fulminan anatemas contra las ciencias naturales, contra los progresos intelectuales que aquellas realizan, tachando á todos de culpable materialismo, cuando ellos son los que adoptan la más repugnante de sus formas.

Para evitar, en lo sucesivo, que se confunda este materialismo moral, de fijo censurable, con nuestro materialismo científico y filosófico, creo necesario llamar al último *monismo* ó *realismo*. El principio de este monismo, es el que Kant llama *principio del mecanismo*, afirmando que sin él no podría existir ninguna ciencia natural. Este principio, absolutamente inseparable de nuestra historia natural de la creacion, es lo que la caracteriza y lo que hace la oposicion á la ciencia teleológica en lo que se refiere al milagro de la creacion sobrenatural.

Permitidme ahora dirigir otra mirada á la historia más importante de la creacion natural, la de Moisés, tal y como la conocemos por los anales de la historia y las leyes del pueblo judío, por la Biblia. Sabemos que la historia de la creacion mosaica, que forma en el primer capítulo del Génesis, la introduccion del Antiguo Testamento, está generalmente admitida entre todos los pueblos que han aceptado la civilizacion judaico-cristiana. Este extraordinario éxito, no sólo se explica por su íntima union con los pue-

blos cristianos y judíos, sino por la disposición sencilla y natural de las ideas en ella expuestas, que contrastan ventajosamente con la confusión de las cosmogonias mitológicas de la mayor parte de los pueblos antiguos. Según el Génesis, el Señor, Dios, formó al principio la tierra como cuerpo inorgánico; separó en seguida la luz y las tinieblas, y después las aguas y la tierra firme. Hé aquí la tierra ya habitable para los seres orgánicos. Dios formó, entonces, en primer lugar las plantas; más tarde los animales, separando los del agua y los del aire, después los de la tierra; y por último, el postrero de los seres orgánicos, el hombre, habiéndolo creado á su imagen para hacerle el señor de la tierra.

En esta hipótesis mosaica de la creación se nos presentan con una claridad y una sencillez sorprendentes dos de las más importantes proposiciones fundamentales de la teoría evolutiva, á saber: la idea de división del trabajo ó de diferenciación, y la idea del desarrollo progresivo, ó de perfeccionamiento. Por más que estas grandes leyes de la evolución orgánica (leyes que, según demostraré, son consecuencia necesaria de la doctrina genealógica) sean consideradas por Moisés como expresión de la actividad de un Creador formando el mundo, ya se descubre en ellas, sin embargo, la bella idea de una evolución progresiva, de una diferenciación gradual de la materia primitivamente sencilla. Podemos, por lo tanto, pagar un justo y sincero tributo de admiración al grandioso pensamiento encerrado en la cosmogonia hipotética del legislador judío, sin que por eso reconozcamos en ella lo que se llama «una manifestación divina.» Y que nada tiene divino, se conoce por los errores fundamentales que encierra, y son: primero el error *geocéntrico* que hace de la tierra el centro del mundo, alrededor del cual giran el sol, la luna y las estrellas; y segundo el error *antropocéntrico* que considera al hombre como el fin supremo y querido de la creación terrestre, el ser para el cual ha sido creado el resto de la naturaleza. Estos dos errores fueron combatidos, el primero por la teoría de Copérnico sobre el sistema del mundo, á principios del siglo XVI, y el segundo por la teoría genealógica de Lamarck, á principios del siglo XIX.

Aunque el error geocéntrico que contiene la cosmogonia mosaica ha sido claramente demostrado por Copérnico, eliminando así de aquella

hipótesis toda la autoridad de una manifestación divina, se ha sostenido, sin embargo, con tal tesón hasta nuestros días, que aun hoy es el mayor obstáculo para que todos acepten la teoría evolutiva. Así, hemos visto en este siglo á muchos naturalistas que trataron de poner de acuerdo aquella hipótesis con los datos de la historia natural moderna, en particular con la geología, considerando los siete días de la creación mosaica como siete grandes períodos geológicos; pero todas estas tentativas de interpretación son tan artificiosas, que no nos ocuparemos de refutarlas. La Biblia no es un libro de historia natural, sino una colección de documentos que contienen la historia, legislación y religión del pueblo judío; pero, tenga ó no valor real, contenga errores groseros en lo concerniente á las cuestiones de historia natural, en nada disminuye su importancia para la historia de la creación.

Podemos ahora dar un gran salto de tres siglos desde Moisés, que murió próximamente 1480 años antes de Jesucristo, hasta Lineo, que nació 1707 años después de Jesucristo. Durante este espacio de tiempo, no se formuló ninguna historia de la creación que haya tenido notable valor, y cuyo examen pueda ofrecer aquí interés alguno. En los quince primeros siglos (especialmente, como el cristianismo imperaba, la cosmogonia mosaica, tan íntimamente ligada á sus dogmas, reinó en absoluto, hasta tal punto, que solo el siglo XIX se atrevió á sublevarse contra ella; y ni el mismo eminente naturalista sueco, Lineo, fundador de la nueva historia natural, se separó ni un momento de sus preceptos.

El extraordinario progreso realizado por Ch. Lineo en la historia natural descriptiva, consiste principalmente en que encontró una clasificación sistemática de los animales y plantas, tan racional y lógica, que aun en la actualidad se la considera bajo distintos aspectos, como el *vade mecum* de los naturalistas que estudian las formas animales y vegetales. El sistema de Lineo, aunque artificial, aunque empleando una sola parte del organismo como carácter de clasificación, ha producido las más importantes consecuencias, lo cual consiste en el modo lógico con que ha sido concebido, y sobre todo en la denominación tan precisa que ha dado á los cuerpos de la naturaleza. Conviene á mi propósito decir algunas palabras sobre

este sistema. Antes de Lineo, perdidos los naturalistas en el oscuro caos de las formas animales y vegetales ya conocidas, habían buscado inútilmente una nomenclatura y una clasificación convenientes; pero Lineo llegó á encontrarlas, proponiendo la nomenclatura llamada binaria, y gracias á este feliz artificio, resolvió tan difícil é importante problema. Hoy todavía se emplea en zoología y botánica la nomenclatura binaria ó de doble denominación, y sin duda alguna ha de continuar empleándose por mucho tiempo. Consiste esta nomenclatura en designar á cada especie animal ó vegetal con dos palabras, que desempeñan un papel análogo al de los nombres de bautismo y familia de la sociedad humana. El nombre especial, el que corresponde al de bautismo y expresa la idea de especie, sirve de comun denominación á todos los individuos animales ó vegetales semejantes entre sí en todas las particularidades esenciales de forma, y que sólo difieren en caracteres muy secundarios. El nombre más general, corresponde, por el contrario, á nuestros apellidos, expresa la idea de géneros (*genus*) y sirve de comun denominación á todas las especies análogas entre sí. Según la nomenclatura de Lineo, habitualmente en uso, el nombre más general y comprensivo se coloca el primero, poniendo á continuación el especial, ó sea el de segundo orden.

Así, por ejemplo, se llama al gato doméstico *felis domestica*, al gato salvaje *felis catus*, á la pantera *felis pardus*, al jaguar *felis onca*, al tigre *felis tigris*, al león *felis leo*; y estos seis animales de presa se consideran como especies distintas de uno sólo y único género, del género *felis*. Si queremos tomar un ejemplo del reino vegetal llamaremos; en la nomenclatura de Lineo, al abeto *pinus abies*, al pinabete *pinus picea*, al alerce *pinus larix*, al pino manso *pinus pinca*, al pino de Ginebra *pinus cembra*, al pino nudoso *pinus mughus*, al pino común *pinus silvestris*; y estos siete tipos de coníferas serán siete especies distintas de un sólo y único género, del género *pinus*.

De fijo que el progreso introducido por Lineo en la diferenciación práctica y en la nomenclatura de los diversos organismos, os ha de parecer de un valor secundario, pero tiene en realidad la mayor importancia bajo el punto de vista teórico y práctico. Gracias á él, se ha conseguido por la primera vez arreglar la multitud

de especies orgánicas conocidas, según su mayor ó menor analogía, llegando de ese modo á abarcar con una mirada la totalidad, metódicamente colocada en las casillas de un cuadro de clasificación.

Lineo dió al conjunto de estos cuadros un valor todavía mayor, agrupando los géneros más análogos (*genera*) en lo que él llama órdenes (*ordines*), y reuniendo después los órdenes más próximos en divisiones más generales que llama clases (*classes*). Los dos reinos orgánicos se dividen, pues, según Lineo, en un corto número de clases: veinte y cuatro el reino vegetal y seis el animal; cada clase comprende muchos órdenes; cada orden encierra un número mayor de géneros, y cada género un número variable de especies.

Pero además de la inapreciable utilidad práctica que ha prestado la nomenclatura binaria de Lineo, bajo el punto de vista de la división general y sistemática, así como de la denominación, agrupación ordenada y distribución de las formas orgánicas, ha ejercido su trabajo una influencia teórica de un alcance incalculable en la manera general de comprender el mundo orgánico, y en particular, en la historia de la creación. Las grandes cuestiones fundamentales que tan debatidas han sido, aún no nos han dado la solución definitiva de una cuestión previa y á primera vista aislada y poco importante, que consiste en determinar lo que es preciso entender en realidad por la palabra especie. Todavía, en la actualidad, la noción de la especie orgánica puede considerarse como la piedra angular de toda cuestión sobre la creación, ó como el dato más importante del problema en derredor del cual luchan darwinistas y anti-darwinistas.

Según Darwin y sus partidarios, las diferentes especies son simplemente los vástagos diversamente desarrollados de una sola forma primitiva; según ellos, todas las especies de coníferas arriba citadas, proceden de una sola especie de pino, y todas las especies de gatos también enumeradas, descienden de un solo tipo felino, antepasado común de todo el género. Además, según esta doctrina, es preciso que los diferentes géneros que componen un orden, procedan de una forma anterior común, y del mismo modo que todos los órdenes de una clase, tengan también una fuente primitiva única.

Los adversarios de Darwin, sostienen, por el

contrario, que todas las especies animales y vegetales son, en absoluto, independientes unas de otras, y sólo los individuos que pertenecen a una misma especie son los que descienden de una forma primitiva comun; pero si les preguntamos cómo se han producido estas formas anteriores comunes, dicen, encerrándose en lo ininteligible: "todas aquellas formas fueron creadas del modo con que aparecieron."

El mismo Lineo entiende de igual modo la noción de la especie cuando dice: "Hay tantas especies diversas como formas distintas ha creado el Sér infinito. *Species tot sunt diverse, quod diversas formas ab initio creavit infinitum ens;* y acepta, rigurosamente, por lo tanto, bajo este punto de vista, la cosmogonía de Moisés, que establece que los animales y las plantas han sido creados cada uno según su especie. La opinión más explícita de Lineo era, que en el principio ha sido creado un individuo ó un par de individuos de cada especie animal ó vegetal, es decir, un macho y una hembra, según la expresión mosaica, cuando las especies tienen los sexos separados. Por el contrario, Lineo considera como suficiente la creación de un solo individuo de las especies que tienen los sexos reunidos, ó hermafroditas, como, por ejemplo, los gusanos terrestres, las babosas de los jardines y la mayoría de las plantas; y acepta también la leyenda del diluvio, porque admite que han perecido en aquel cataclismo todos los organismos existentes, á excepción de algunos individuos de cada especie que se habían refugiado en el arca, á saber: los siete pares de aves y animales domésticos puros, los dos pares de animales impuros, etc., que después del diluvio desembarcaron en el monte Ararat. Para resolver la dificultad geográfica que se opone á que vivan juntos y en el mismo lugar de la tierra, animales y plantas tan diferentes, dice que el monte Ararat está situado en Armenia, en un clima cálido, y que tiene una elevación de diez y seis mil piés, pudiendo, por lo tanto, servir de residencia temporal á animales habituados á vivir en las diferentes zonas terrestres. Los de los climas polares, podrían trepar hasta la elevada cúspide de la montaña; los de los climas cálidos, habitarían la base de la misma, y los de los climas templados, podrían ocupar el medio, dirigiéndose después hácia el Norte ó Sur de la tierra.

Apenas tengo necesidad de decir que este re-

lato de la creación que Lineo se esfuerza en ligar estrechamente á las creencias bíblicas, no merece ser refutado en serio; y así tenemos en cuenta la penetración y lucidez del génio de Lineo; estamos en el caso de sospechar que ni él mismo se daba gran ascenso. En cuanto á la descendencia simultánea de todos los individuos de cada especie, de un sólo par de antepasados, ó en los hermafroditas, de un sólo antepasado bisexual, diremos que implica una opinión insostenible. Sin citar otras objeciones, haré únicamente observar que desde los primeros días de la creación, los animales de presa, á pesar de su reducido número, bastarían para esterminar á todos los herbívoros, y éstos á su vez habrían destruido los raros ejemplares de especies vegetales. Un equilibrio análogo al que hoy existe en la economía de la naturaleza no podría establecerse en la hipótesis de que un solo individuo, ó un solo par de cada especie, hubiesen sido creados al mismo tiempo, en el principio.

Que Lineo, por otra parte, dá poca importancia á tan insostenible hipótesis, se deduce, entre otras consideraciones, de que admitía como fuente de nuevas especies, el cruzamiento bastardo de los organismos, el hibridismo; afirmando que se han producido gran número de nuevas especies por el cruzamiento de dos distintas. En rigor, estas especies están muy lejos de ser raras, y hoy se ha demostrado que un gran número de las que pertenecen á los géneros espino (*rubus*), verbascó (*verbascum*), sauce (*salix*), cardo (*cirsium*), son productos bastardos de estos diferentes géneros. Conocemos también hibridismos de liebre y conejo, dos especies distintas del género *lepus*, y otros del género *canis*, que pueden perpetuarse como especies independientes.

Es notable, en verdad, que Lineo haya afirmado el origen fisiológico y mecánico de nuevas especies por la vía del hibridismo, porque esta opinión es rigurosamente inconciliable con el origen sobrenatural de las demás especies, productos de una creación conforme con la tradición mosaica. Sería preciso, por lo tanto, que unas especies procediesen de una creación dualista teleológica, y otras de una evolución mecánica. Si las ideas que Lineo ha emitido sobre la creación han obtenido durante el pasado siglo tanta aceptación, se debe á los servicios tan útiles é importantes que su clasificación ge-

nealógica ha prestado á la biología. Si la zoolo-
gía y la botánica sistemáticas no hubiesen con-
servado, casi intactos, los medios de división, de
clasificación y de nomenclatura de las especies
creados por Lúneo, y al mismo tiempo la idea
dogmática de la especie unida á ellos, no se
comprendería cómo había podido llegar hasta
nosotros la teoría de la creación aislada de cada
especie. La gran autoridad de aquel naturalista
y el cuidado que ha tenido de apoyarse en las
creencias bíblicas dominantes, han podido única-
mente prolongar hasta hoy el predominio de su
hipótesis cosmogónica.

ERNESTO HAECKEL.

(Traducción de Claudio Cuveiro.)

LA PIERNA DE JUANITO.

(Conclusion.)

Pasáronse algunos días antes de que fijase
mi elección entre las tres ó cuatro celebridades
que como tales me habían sido señaladas, hasta
que, por fin, di la preferencia á uno que habita-
ba en Florencia, y resolví hacer yo mismo un
viaje á aquella ciudad y traerlo conmigo.

—Traeme un juguete nuevo de Florencia,—
me dijo Juanito.

Una colección de ellos tenía en torno suyo,
unos enteros y otros medio rotos. Aquí una do-
cena de soldados de plomo, allí unos muñecos
que, dándoles cuerda, hacían prodigios acrobá-
ticos, un cordero que balaba, un ratón que cor-
ría solo por la sala, un tren de ferro-carril, dos
caballos cojos, un pez-con escamas plateadas, un
teatrito, una cocina con chismes de estaño, al-
gunas piezas geométricas de madera para cons-
trucción, una linterna mágica con el cristal
roto, todos, en fin, los que se habían ido acumu-
lando día tras día durante aquel mes de enfer-
medad; pues, fuera cualquiera la cosa que á Jua-
nito se le antojara, Adela y yo nos hubiéramos
echado al fuego por satisfacerle. Le prometí
comprarle el juguete nuevo, y me dió un beso
sonriendo. Estaba delgado, pálido: ¡pobre Jua-
nito! ¡Aquella sonrisa en aquel rostro blanco y
enflaquecido, me causó una impresión!...

Véase el número anterior, pág. 19.

—Vuelve pronto, —me encargó Adela acom-
pañándome hasta el pie de la escalera.
—Pasado mañana estoy aquí. Y tú, si ocur-
re alguna novedad, telegráfame al hotel del
Norte. Buenos días.

—Corriente. —me dijo.
Y nos dimos la mano sin hablar palabra. Ver-
daderamente que nadie hubiera creído que éra-
mos dos cónyuges que habían resuelto sepa-
rarse.

—Pero el diablo metió la pata. Yo no había
echado cuentas con la política. Era mi Hipó-
crates senador, y estaba por tanto, en Roma.
Absaber esto solté venablos por la boca; maldi-
je de los médicos que se metían á senadores,
cuando tanta falta les hacían á sus enfermos,
anatematicé la traslación de la sede guberna-
mental á Roma, y, Dios me perdone, hasta el
régimen parlamentario.

Un poco perplejo estuve sobre qué determi-
nación tomar; pero tanto me había encapricha-
do con la idea de esta consulta, que acabé por
tomar el tren express para Roma. Naturalmen-
te, antes de partir telegrafé á Adela á fin de
que no estuviese con cuidado por mi tardanza.

En Roma nuevo contratiempo. Era domingo y
mi grande hombre se había ido á pasar el día
en Frascati y no le esperaban hasta la media
noche. A las doce ya estaba yo en su
saloncito contando los minutos. Por fin, á las
doce y cuarto el astro de la ciencia médica
quirúrgica llegó, pareciendo verse algo contris-
tado al encontrar visita en su casa. Así que le
expose el motivo de mi venida y mi intención
de llevarmele conmigo.

—Imposible, —me dijo;—absolutamente im-
posible. Mañana vá en el Senado la discusión
del Código sanitario, y yo estoy encargado de
defender el trabajo de la comisión, de la cual
formo parte.

—Pero, ¡y pasado mañana?

—Oh! esas no son cosas que se despachan en
en un día, —me replicó con aire como de aquel
que dice: "de qué rincón del mundo salís?" Luc-
go murmuró dirigiendo una mirada á una puer-
ta que debía ser la de la alcoba, —lo siento...

—Yo no sabía resolverme á marchar, y quise
al menos referirle sucintamente el caso y cono-
cer su opinión.

—No viendo al enfermo, —me dijo, —es muy
difícil de dar una opinión. Pero el método cur-

tivo seguido hasta el presente me parece el mejor. Está bien asistido. El doctor Allinori, sobre todo, es un hombre de valer. Disentimos en algunos principios fundamentales de la ciencia, pero en todo lo demás estamos de acuerdo. En el caso presente, probablemente hubiera yo obrado lo mismo que él.

—Pero en fin, ¿qué es lo que hubierais hecho?

—Pues sostengo que la amputación.

Levantóse de la silla, me acompañó cortesmente hasta la salida, rehúsó admitir paga alguna por la consulta y me dió las buenas noches. Si pasadas un par de semanas, me dijo, le necesitaba, entonces podría venir. Mil gracias!

Valiente cosa había yo sacado en limpio con mi viaje á Roma!

Estaba ausente de mi casa hacia cuatro días y sin saber nada de Juanito, porque Adela, aun cuando hubiese querido telegrafíame á Roma, no hubiera sabido á donde dirigir el despacho por haber yo olvidado decirle á donde pensaba parar. Púsele un nuevo telegrama anunciándole que renunciaba á la nueva consulta, que seguidamente me ponía en camino para volver y que me mandase noticias á la estación de Florencia.

A la siguiente mañana púseme en camino para la alta Italia. ¡Fatalidad de las fatalidades! Un desgraciado retraso en Orte me hizo perder el tren de Florencia, teniendo que detenerme allí cinco horas. En la estación encontré un telegrama concebido en estos términos:

Nada sé de tí. Te espero. ¿Recibiste otro despacho que te mandé hace dos días al hotel del Norte?

—¿Otro despacho? No pude resistir á la tentación y tomé un coche que me condujese al hotel del Norte. Tenía tiempo de ir y volver. Hé aquí el despacho que se había cruzado con el mío y había por tanto sido expedido antes de que Adela supiera mi salida para Roma.

El doctor Allinori, que anticipó su venida, dice que no hay tiempo que perder. Vuelve pronto, pronto, pronto.

Estas palabras me dejaron sin vida en el alma. ¿Qué había pasado de nuevo? Es cierto que el despacho posterior era mucho más tranquilizador, pero de todos modos sin una razón grave, Adela no me hubiera escrito así.

—No había tiempo que perder!

—Esto significaba que era necesaria la amputación,

aquella horrible, aquella abominable amputación! ¡Y se me llamaba para que yo asistiese á aquel destrozo! ¡Se quería que yo estuviera presente mientras estropeaban á mi hijo!

No había tiempo que perder. ¡Y yo mientras tanto había hecho perder dos días con mi ida á Roma, y hacía además perder un tercero con mi retraso de Florencia! Parecíame estar viendo al doctor Allinori en el cuarto del enfermo, con sus instrumentos de tortura en la mano, esperando tan solamente mi llegada para cortar sin misericordia.

¿Y si ya no fuese tiempo? ¿Y si mi tardanza hubiera sido fatal? ¿Si no me quedase ya otra cosa que ver morir á Juanito! De nuevo traté de convencerme á mi mismo de que valía más verlo muerto que estropeado; pero no pude conseguirlo, y culpábame á mi propio por mi pasada vacilación, diciéndome:

—Sí, sí, dejaré que le hagan la amputación, dejaré que le hagan todo lo que quieran, con tal de que me le salven.

Hice el trayecto en el estado de inquietud y ansiedad que es fácil imaginarse. En la estación no hallé á nadie; bien que no se sabía en qué tren debía yo llegar. Entré en casa, subí de un salto la escalera. Adela me había sentido y me salió al encuentro en el descansillo. Su aspecto me dió miedo; estaba blanca como el papel.

—¿Qué hay?—pregunté con voz ahogada.

—Ahora duerme. Esperemos... Entra. ¡Dios mío, pobre Roberto, qué fisonomía traes tan descompuesta!

—Pues, y tú, Adela, si te vieses en el espejo. Pero; ¿qué ha pasado? Cuéntamelo todo.

—Ahora. Ven á dentro.

Me dejé conducir maquinalmente al comedor.

—Traes apetito?—dijo Adela dirigiéndose hacia el aparador.

—No, no, no tengo hambre, no tengo nada. Lo que quiero es saber la verdad completa sobre Juanito. ¿Y el doctor Allinori?

—Marchó.

—¿Cómo que marchó? Es necesario llamarle inmediatamente. No hay tiempo que perder, me lo has telegrafiado tú misma. Ya no me opongo, ¿estas? ya no me opongo á la amputación.

—Ah! no!—exclamó ella con cierto acento de satisfacción que me pareció muy singular en

aquel momento, en visperas de una tan terrible prueba.

—Pero obrémos pronto, añadió.— Dios quiere que no hayamos aguardado demasiado.

—Roberto, repuso Adela, cogiéndome ambas manos; ¿según eso tú me perdonarás?

—¿Perdonarte? ¿Perdonarte qué? Habla por amor de Dios; ¿ocurre alguna nueva desgracia que no te atreves á participarme?

—No, te lo juro: desgracia no, pero...

—¿Por qué vacilas de ese modo? Oh! Yo necesito ver á Juanito.

—Y me aparté de ella con violencia.

—Un momento, gritó: escucha.

—Volvíme á sentar.

—Te puse un telegrama á Florencia diciéndote que, según el doctor Allinori, no había tiempo que perder y que volvieras pronto, pronto, pronto.

—Sí.

—Aquel telegrama no lo recibiste?

—No. Había salido para Roma y le encontré al volver, á mi paso por Florencia.

—Entonces se cruzó con un despacho tuyo en que me anunciabas que salias para Roma, pero sin indicarme dónde podría enviarte noticias.

—Es verdad. Lo olvidé.

—Piensa cómo me quedaría al ver que en lugar de venir te alejabas más.

—Fue una fatalidad.

—El doctor Allinori consintió en quedarse un día, pero un día no más, porque le estaban llamando de otra parte. Además, el caso era urgente; durante la semana habíase agravado, y de un momento á otro podía sobrevenir la gangrena.

—Comencé á presentir la verdad, pero no tenía fuerzas para pronunciar una palabra. Era todo oídos, casi no respiraba.

—Mi mujer continuó.

—Entonces se me dijo: Adela, ¿os sentís con valor para tomar sobre vos una gran responsabilidad?

—Dios mío, creo comprenderlo.

—Pero ¿le salvaremos?—exclamé.—Los tres médicos estuvieron de acuerdo: Sí, le salvaremos. Tenga confianza en nosotros; tenga fé en la Providencia. Si no obramos, este niño muere.

—Mueré, Roberto, oyes? mueré!

—¿Y tú?

—Yo,—respondí;—asumo toda la responsa-

bilidad. Hágase lo que sea necesario. ¿Te pesa malo Roberto?

—No. Continúa. La amputación...

—Se llevo á cabo dos días después.

—Adela estaba, al decir esto, en pié, apoyándose fuertemente en el respaldo de una silla. Yo al oirla me cubrí el rostro con las manos y exclamé:

—¡Pobre Juanito mío! ¡pobre criatura! ¿Y ha podido resistir?

—Se le hizo aspirar el cloroformo. El me miró con sus hermosos ojos, impregnados de cariño y miedo, diciéndome:—Mamá, ¿qué es esto? No, mamá; no.

—Moviódos veces la cabeza, levantó la mano como el que quiere espantar un insecto molesto, y después cayó en un letargo.

Entonces...

—¡Oh, calla! ¿Y estuviste presente?

—Querían hacerme salir á otra habitación; ¡Figúrate si yo había de hacerlo así! Permanecí allí, hasta el fin, algunos minutos, un siglo; qué sé yo cuánto tiempo. Lo ví todo; lo sufrí todo;

¡oh, el áspero crujir de aquella sierra lo siento aquí en el corazón. Aquella sangre la estaré viendo correr siempre, siempre.

—Y cuando la operación hubo terminado, y ya aquella pobre piernecita que tanto había padecido, fue arrojada en un rincón como un objeto inútil;

¡oh, te lo juro, créelo; mi fuerza de ánimo me abandonó, y estuve á punto de caer como cuerpo muerto.

—Pero un pensamiento me sostuvo. Juanito estaba sin sentido, y era necesario hacerle volver en sí. ¿No debía estar presente para esto, yo, su madre? Y si no volvía en sí, ¿comprendes? Dos veces los médicos permanecieron mudos, yo los miraba; ¿qué momentos! ¿qué angustia! Por fin,

el niño movió un poco el brazo, abrió fatigosamente los ojos, y me miró, me miró en seguida, diciendo:—Mamá, no quiero ese olor tan malo.

—¿Pero en la pierna no sentía el destrozó?

—Nó, entonces nó. Luego, más adelante...

—¡Oh, basta, basta.

—Y me eché á llorar como un chiquillo.

—Ahora,—continuó ella diciendo para consolarme,—casi no siente dolor, y se ha resignado á la pérdida de su pierna, diciendo:—¿Qué fea pierna; han hecho bien en quitármela.

—Yo continuaba llorando.

—¿No me perdonas?—me preguntó ella tímidamente.

—¿Perdonarte?—prorrumpí,—perdonarte á

ti, siendo tú quien debía perdonarme, ¡Adela! Iba á continuar, pero ella me impuso silencio.

—Ni una palabra más, Roberto; ni una palabra, por caridad... al menos hasta que Juanito esté fuera de peligro. Ten la convicción de que he obrado con el mayor deseo de acierto, y esto me basta. Cualquiera cosa que ahora proyectes, me sería en estos momentos de muy triste augurio.

—Y el peligro, ¿hasta cuándo durará? —
—Unos ocho ó diez días, no puede decirse fijamente. Pues hemos tenido paciencia hasta aquí, tengámosla algún tiempo más.

Pasaron los ocho y los diez días, no sin que de cuando en cuando Juanito tuviera ocasiones en que inspiró inquietud é hizo cabilar á los médicos. Pero al cabo de dos semanas desapareció la fiebre por completo, y al día diez y seis, un miércoles, lo recordaré siempre, el doctor Allinori, que había venido á visitar á su enfermito, estrechó la mano de mi mujer con aire triunfante, exclamando:

—No os lo había dicho, Adela, que le salvaríamos? Tranquilícese ese corazón después de tantas penas, que ya está salvado su Juanito. Crecerá sin una pierna, pero crecerá sano y será, á pesar de todo, un buen mozo. — Y luego, dirigiéndose á mí, dijo con aquel aspecto de franqueza que tenía: — Vos dad las gracias á vuestra mujer, que á no ser por Adela el niño hubiera muerto hace tiempo.

Tan convencido estaba de ello, que me volví dispuesto á echarme á los pies de Adela, pero en vez de esto, tuve que apresurarme á sostenerla. Sus fuerzas, que tan maravillosamente habían resistido al dolor, parecían no poder resistir á la alegría. Al escuchar las palabras del médico, púsose primero sonrosada, luego blanca como la cera, trató de sonreír, de decir alguna cosa, pero no pudo, y conociendo que las fuerzas la faltaban, buscó un apoyo, y hubiera caído á no haber acudido yo pronto á sostenerla.

—No es nada, la emoción, — dijo el doctor haciéndola respirar un frasco de amoníaco.

Ella se repuso, pasóse una mano por la frente y murmuró con voz débil:

—Es cosa momentánea, Estoy tan débil, tan cansada. Me acostaré. — No está Norina?

—La llamaremos, pero entretanto, aquí estoy yo.

—Y casi en brazos la llevé á su habitación, donde no había más que una cama, donde hacia cuatro años dormía sola, como una niña, como una viuda, peor aún, como una mujer repudiada. La desnudé, con ayuda de Norina, y una vez acostada yo mismo la arreglé las ropas de la cama, acomodándola las almohadas.

—Yo velaré, — la dije á la doncella, — podéis retiraros.

Pasé en vela toda la noche pensando en Juanito ya curado; pero ¡ay de mí! á qué costa; en Adela, que estaba á punto de caer mala, pero sobre todo pensando en las graves culpas que sobre mi conciencia pesaban y en la imposibilidad de remediarlas.

Y yo había sido capaz de despreciar á Adela, de posponerla á las mujeres aventureras, de proponerla una separación!

Durmióse al fin, y su respiración, anhelosa en un principio, fuese luego haciendo poco á poco regular, y la expresión de su rostro tornándose tranquila. Sin embargo, yo estaba muy inquieto.

Cada diez minutos me levantaba del asiento é iba á mirar el reloj de Adela, que estaba colocado en la relojera junto á la lamparilla nocturna y su uniforme *tic, tac*, sin saber por qué llenábame de tristeza. *Tic, tac, tic, tac*, los segundos sucedían á los segundos, pero las palpitations de mi corazón eran mucho más rápidas.

Cosa extraña! Me encontraba como cortado en la habitación de mi mujer, que había, no obstante, sido mi cámara nupcial, néciamente abandonada por mí. Aquel perfume de mujer casta que se respiraba allí, me envolvía por completo y me penetraba por los poros. Acariciaba con mi mano el sencillo vestido de Adela, echado al través del respaldo de una butaca, y tocaba su ropa blanca amontonada á los pies de la cama, é involuntariamente mi pensamiento se trasladaba á otras alcobas menos puras, alumbradas por una luz velada y llenas de perfumes fuertes y embriagadores, mas al través de los cuales se adivinaba un ambiente pútrido y malsano. Veía agitarse ante mis ojos las torpes visiones de la desnudez procáz, los encajes amarillentos por los vapores de la francachela, los trajes que encubrían los remiendos bajo los

oropeles, y llenábame de vergüenza ante la idea de haber, yo marido, yo padre, revolcádome entre aquellas inmundicias!

Aquella que allí estaba era mi esposa, la madre de mi hijo, y sin embargo no me hubiera atrevido á alzar una punta de la cubierta de su lecho, ni osado depositar un beso en sus labios, más castos que los de una virgen. Estaba cerca de ella porque la creía enferma, pero si se hubiera despertado hubiese podido arrojarme de allí diciendo: ¿Qué libertades te tomas? ¿Qué haces de noche junto á mi lecho?

El alba comenzó á penetrar en la habitación al través de las entornadas maderas de la ventana, y aproximándose á ésta veíase el horizonte teñirse de rosa. Poco antes de las seis, Adela se movió, y abriendo los ojos, y viéndome junto á su cabecera, se estremeció:

—Tú, Roberto. ¿Pues qué hora es?

—Aún no han dado las seis.

—¿Y te has levantado tan pronto? ¿No está bien Juanito?

—Juanito ha dormido toda la noche, y duermé aún como un ángel,—respondió acercando el oído á la habitación vecina, donde estaba el pequeño acompañado por la ninera.

—Pues entonces,—continuó tratando de recapacitar,—no comprendo... ¿Por qué estás aquí?

—Pero, tú, ¿cómo te encuentras?—la pregunté.

—¡Ah! vamos, ya recuerdo. Ayer tuve un desmayo; pero ya se me ha pasado. No era nada. No valía la pena de que tú te levantasés antes de amanecer.

—No, si no me he levantado,—dije tímidamente.

—¿Cómo? ¿De veras? ¿Has estado fuera de casa?

—No... ha sido que...

—Has pasado aquí toda la noche?

Callé; pero mi silencio equivalía á una respuesta afirmativa.

—¡Oh... Roberto!—exclamó ella, y fijó en mi sus miradas enternecidas.

Ya no pude más. Caí de rodillas junto á su cama, y rompiendo en sollozos la dije todo cuanto tenía dentro de mi alma desde hacia mucho tiempo. No recuerdo las palabras, pero sí que me acusé de todo sin ocultar ninguna de las torpezas de mi vida pasada. Dábala á Adela

los más dulces epítetos, llamándola santa, angelical, divina; decíala que era la salvadora de nuestro hijo, digna de un hombre que hubiese sabido comprenderla, en tanto que yo...

Ella hacía todo lo posible por calmarme.

—No, Roberto, no es verdad; también yo he tenido la culpa; he sido fría, he sido desdenosa, me parecía que me rebajaba si te daba á entender cuánto te quería. La desgracia de Juanito nos corregirá á los dos. Le queremos más, y en este intenso amor buscaremos ambos la expiación de nuestros pecados.

Adela hablaba de sus pecados!

—¿No me rechazas?—Insistía yo,—¿no deseas tú la separación?

Ella no me dejó acabar la frase. Inclino me dio cuerpo fuera del lecho, ciñóme el cuello con sus mórbidos brazos, sus largos y espesos cabellos soltáronse de la redecilla en que los tenía apasionados, cayendo sobre mi cuello, y sus lágrimas se confundieron con las mías, mientras ella repetía con voz conmovida:

—¡Pobre Roberto! ¿Cuánto has padecido en estos meses!

Los primeros rayos del sol daban sobre la pared, y una luz alegre inundaba la estancia, en tanto que por la parte exterior, los pajarillos saludaban á la primavera.

También la primavera reverdecía en mi corazón.

Desde aquella mañana han pasado bastantes años. Juanito lleva con desenvoltura su pierna de palo, y de estatura más bien alta, de hermoso rostro, y de un carácter constantemente igual y sereno, es bueno, inteligente y aplicado. En el colegio es siempre el primero, sus profesores le quieren y le estiman, sus condiscipulos le adoran, y él dice con cierta vanidad:

—Yo seré todo lo que quiera, menos militar.

Esta es la única alusión que hace á su desgracia!

Juanito tiene ya otros hermanos pequeños, vivos, sanos y con todos sus miembros completos, y excusado es decir cuántos serán los cuidados de Adela y míos para con esta nidada de pequeñuelos que es la prueba mejor de nuestra reconciliación. Sin embargo, cuando sentimos chocar contra el pavimento la pierna de palo de Juanito, una ternura más profunda se apodera

de nosotros, y una corriente eléctrica, pasando por nuestras almas parece que nos acerca uno á otro. Ambos nos esforzamos á no mostrar entre nuestros hijos preferencia alguna; pero Arturo, que es el más malicioso de todos ellos, suele decir algunas veces:

—Oh! Si habla Juanito siempre se le da la razón.

Nuestro primogénito paga liberalmente el inmenso cariño de sus padres; pero hay en él alguna predilección hacia su madre. ¿Y cómo no ha de ser así? Las impresiones de la infancia no se borran jamás. Su madre le adoraba cuando yo afectaba hacia él una gran indiferencia; y durante su larga enfermedad, ¿quién le asistió, quién veló junto á su lecho, quién supo curarle á pesar de tener la muerte en el corazón?

Rodeada de un ambiente de simpatía, Adela ha perdido la excesiva reserva que la hacía aparecer fría é indiferente.

No hay uno que no atestigüe la firmeza y rectitud de su criterio, y cuando en mi casa se reúnen algunos buenos amigos, se ha formado la costumbre de dejarla á ella pronunciar la última palabra en todas las discusiones. Es su palabra siempre tan templada y tan justa!

Tengo ya treinta y cinco años; ella no tiene aún más que treinta y dos, y nos queremos como dos recién casados, y en nuestro caso, mucho más que cuando éramos recién casados. ¡Y pensar que estuvimos á punto de separarnos! Ah! Juanito nunca sabrá el gran milagro que hizo su pierna.

ENRICO CASTELNUOVO.

(Trad. del italiano por G. Cerrajería.)

HISTORIA VULGAR.

Saturnino se enamoró de una linda muchacha. Tenía veintidos años, y á esa edad se enamora uno, porque sí.

Es inútil preguntar á las ciencias físicas y morales el por qué de ciertas cosas. ¿Por qué los médicos figuran en la literatura popular como asesinos? ¿Por qué se tiene á los notarios por aves de rapiña y á los abogados por enemigos del hogar doméstico? Porque sí.

¿Por qué trina el ruiseñor en la selva? ¿Por qué

una naturaleza monótona nos impresiona más que un arte ricamente vario? ¿Por qué la suegra es enemiga nata del yerno? Porque sí. ¿Por qué se lamenta el poeta, y canta el marinero, y murmura el sábio, y gruñe el clérigo, y el militar es adversario natural del paisano? Porque sí.

Habiendo justificado el amor de Saturnino, paso á narrarle.

Tenia el enamorado, como he dicho, veintidos años; estaba en estado de merecer, y cursaba leyes en la Universidad de Madrid; pero no era estudiante activo, sino matriculado.

Nervioso de profesion, sus aficiones le llevaban á colaborar en algun diario en el que por casualidad hubiera seccion literaria para los aficionados á la gloria de un dia.

No hay que extrañar que ejerciera la profesion de nervioso. El hombre no es lo que pretende ser, ni lo que sus padres quieren que sea ni lo que el cura del pueblo ó un tío entrometido le aconsejan. El hombre es por naturaleza, hasta se puede decir por fatalismo, bilioso ó sanguíneo, flemático ó nervioso, ó tipo formado por combinaciones de temperamentos. En los primeros casos, esto es, cuando la bilis, la sangre, la flema ó los nervios dominan en el individuo, y apenas si ceden una pulgada de terreno á otro elemento; cuando el hombre es plena y rotundamente bilioso, sanguíneo, flemático ó nervioso, no puede ser cura, ni abogado, ni comisionista, ni carpintero, ni primer magistrado de una nacion, ni literato ni músico; ni danzante. En tan lamentables casos es víctima de su organismo y ejerce la profesion de su temperamento.

Cuando la materia se regula por una combinacion armónica entre dos ó más temperamentos radicales, el hombre podrá serlo todo ó no podrá ser nada; pero no gemirá bajo una tiranía orgánica; verá delante de sí espedito el camino de la gloria, del poder, de las riquezas, de las desventuras ó del pesébre, á cuyos términos llegará haciendo uso del libre albedrío, de la santa libertad verdadera en él, y sarcasmo para los hombres de complexion biliosa, sanguínea, flemática ó nerviosa, elevada á la última potencia.

Semejante teoría es digna de fuerte censura, porque levanta la bandera revolucionaria en los tranquilos imperios de la Ética y del Código penal; conste que yo no la saco á relucir para que triunfe, sino para explicar por qué Saturnino no estudiaba las leyes de que era estudiante, por qué no obraba jamás como debia, sino como sus nervios se lo permitian.

Yendo por las noches á la redaccion de algun periódico, y emborronando alguna euartilla, tenia

derecho á llamarse periodista. Y así como en casa reñía con la patrona, y en clase ridiculizaba á los catedráticos y al abrir un libro didáctico se sentía predispuesto á opinar contra su autor, así escribía críticas dramáticas apasionadas, lo mismo que hacia la oposicion literaria á todo gobierno constituido.

Mas cuando se dedicaba á la poesia, los nervios le agarrotaban la musa de tal manera, que no acertaba á salir del asonante agudo en o, componiendo raras veces una estrofa libre de este fatalismo. Si alguna vez lograba emanciparse, era para caer en el sonsonete, con más vigor del acostumbrado.

Todas estas explicaciones son necesarias, por eso las doy.

Saturnino se enamoró de una linda muchacha que en compañía de su mamá y dos hermanas habitaba un cuarto bajo de una calle solitaria de la capital.

Una mañana en que el joven trató de ir á la Universidad á cumplir sus deberes de estudiante, vió tras de una reja del cuarto bajo un rostro digno de asomarse á la más risueña ventana del mejor palacio del cielo; verla y enamorarse... (el lector concluirá la frase).

En efecto, fué obra de un momento. Saturnino paseó la calle dos veces, encontrando distinta cara á cada vuelta; pero sea dicho en honor á su fidelidad, la primera que habia visto le habia gustado sobremanera. Las tres caras eran hermanas, como podia colegirse por el aire de familia, y la primera cara se llamaba Marieta.

Saturnino la habia mirado como el que vé realizado su bello ideal. A los veintidos años no hay persona de mediano entendimiento y regular educacion que no tenga su bello ideal. En los hombres es una mujer rubia ó trigueña, pálida ó sonrosada; de ojos azules, negros ó verdes; duquesa, aldeana ó novicia; pocas veces hija de un casero, y nunca con numerosa familia. El ideal de las mujeres varia hasta lo infinito, pues entran á componerle casi todos los personajes de los mundos reales é imaginarios que puedan hacerlas felices; desde el héroe de la novela que traen entre manos, hasta el ministro que acaba de enviar á Filipinas una cuerda de conspiradores. La mujer universaliza más que el hombre.

Nuestro enamorado se contentó con mirar á Marieta, y en vez de ir á clase, se volvió á casa á escribir unos versos amorosos.

Los perpetró, los puso en limpio, en fino papel sin perfumar, pues era bastante artista, y esperó á que la noche estendiera su negro manto sobre la capital de las Españas para enviarlos á su destino.

Llegó la noche, se dirigió Saturnino á la calle solitaria, y aprovechando un resquicio que dejaban abierto las maderas de una de las ventanas, metió por él la declaracion poético-amorosa concebida en los siguientes terminos:

LAS TRES GRACIAS.

Tras de rejas sombrías que aprisionan delinuentes de amor, tres hermosuras hay que de la corte el ornamento más preciado son. En solitaria calle puso el cielo su morada mejor, el placer su ideal, la poesia fuente de apasionada inspiracion. Una es rubia, y el angel de los sueños su frente acarició, imprimiendo con labio tembloroso tierno beso de lánguida pasion. Otra es morena; su mirada ardiente, que atempera el pudor, alas presta al deseo, conmoviendo las fibras de un amante corazón.

Ay de mí! la tercera realiza lo que mi afan soñó; ni rubia; ni morena, es la belleza que atesora las gracias de las dos. Amoroso destello hay en sus ojos, hay música en su voz, idealismo en su rostro, y en mi pecho hay un altar donde la adoro yo.

II

La mamá, las tres Gracias, y una doméstica que completaba la familia, cosían y hablaban. El papel fué percibido por la doméstica, quien al tiempo de cogerle fué percibida por la mamá la cual hizo un gesto que fué percibido por las muchachas. El papel fué á parar á manos de la señora en tanto que los pimpollos se miraron, sonriendo se y avergonzándose. Un secreto instinto de joven casadera les anunciaba la existencia de algun novio.

La mamá leyó, y entregó el papel al grupo, diciendo:

Esto debe ser para una de vosotras.

Esto! Si Saturnino hubiera pedido oír que la esencia de su alma era calificada con la terminacion neutra de un pronombre demostrativo se le habria caído el alma á los piés. Afortunadamente no lo oyó. Despues de colar el billete por el resquicio, no habia tenido tiempo más que para correr como un ladrón impresionable que acabase de hacer una de las suyas.

Esto!!!

Habrán personas que no comprendan la conducta de la mamá. No se entrega así como así una declaración amorosa en manos de niñas bien educadas; al contrario, el deber de una madre es vigilar con la solicitud de Argos, apartando del resbaladizo camino por do sus hijas transitan, cuantas piedras de escándalo puedan servir de tropiezo. Concedido; pero toda regla tiene su excepción, hay madres de madres. Cuando una señora madre es viuda de coronel, carece de rentas, no tiene parientes ricos ó poderosos, ó si los tiene no esperada de ellos, y no cuenta más que con su viudedad, y por añadidura los tiempos son malos, y muchas las obligaciones, trata por cuantos medios están á su alcance de vigilar á las hijas y casarlas; apartar las piedras de escándalo y atrapar algún adoquin. Las convencionales leyes del deber y de la moral social las redactan, publican y sancionan gentes bien acomodadas que no comprenden los desafueros á que el hambre obliga, y la mediocridad tolera.

Trinidad, hermana mayor, tomó la carta, se enteró del contenido, exclamó: ¡Valiente poetastro! Y trasladó el cuerpo del delito á manos de Africa, su hermana menor.

Africa leyó los versos, soltó una carcajada, llamó ¡cursi! al autor, y entregó la carta á Marieta.

Marieta pasó la vista por los renglones desiguales, vió que se trataba de ella, soltó también su carcajada, aunque forzosa, llamó ¡pobrecillo! al enamorado, y mentalmente ¡envidiosas! á sus hermanas.

En aquel momento supremo, cuando las invisibles saetas de amor amenazaban clavar en su corazón, se acordó de que el jóven que había paseado la calle, indudable autor de la declaración, era bien parecido y llevaba gaban nuevo, circunstancias ámbas dignas de tenerse en cuenta por la ilustre heredera del apellido de un coronel, que no dejó lo suficiente para sufragar los gastos del entierro.

El resto de la sesión nocturna pasó sin otro incidente, aunque la procesion andaba por dentro de cada una de las Gracias.

Tiéndose por cosa averiguada que á los veintidos años el hombre es niño, y á los diez y ocho la niña es mujer; no les de extrañar, por lo tanto, que la inocentada de Saturnino pareciera reprehensible y merecedora de punzante crítica á las jóvenes hermosuras que había tratado de immortalizar.

El poeta había errado el golpe al querer congratarse con las hermanas de su novia, alabándolas en versos que no iban absolutamente dirigidos á ellas. Escribiendo solo á la tercer Gracia, las otras dos se lo hubieran perdonado, y hasta hubieran

llegado á ser sus aliadas; pero englobándolas, era imposible. Jamás un favor y un desfavor han gustado á nadie: ni la rubia, ni la morena estaban obligadas al dominio de sí mismas hasta el punto de perdonar al poetilla el mal papel que las hacía jugar en aquella reminiscencia del juicio de París.

Total, que Saturnino cometió una pifia con la composición, y que las detenciones de amor la pescaron enseguidita, aunque Trinidad contaba tres años menos que él, Marieta cuatro y Africa cinco. Se vé que el bueno del coronel estuvo inspirado durante un trienio.

Trinidad y Africa ocultaron su enojo por no ofender á Marieta; ésta ocultó su gozo por no molestar á sus hermanas; la mamá hizo algunas preguntas insignificantes acerca del *talle y buenas partes* de Saturnino, á usanza de las comedias antiguas; la criada ardió en deseos de saber cuántas propinas le valdria el oficio de correveidile.

La señora de la casa se creyó en el deber de adelantarse una disertación erudita, sazónada con oportunas pruebas históricas, acerca de lo malos que son los hombres y de lo bobas que son las mujeres; disertación en la que no vemos los resplandores de la verdad, por andar en aquella las cualidades de maldad y boberia aplicadas en absoluto, y hasta en sexo equivocado. Tras la teoría vino la práctica. Doña Consuelo (que así se llamaba la que había perdido la cosa, quedándose con el nombre), enseñó á su hija Marieta el trasteo de un novio en primeras, la manera de traerle á casa, el arte de averiguar su familia y posición. Prohibió severamente á la niña recibir y enviar cartas que no fuesen visadas en la aduana materna, por si ocultaban contrabando y amonestó á la criada para que no hiciera oficios de tercera, "porque vosotras, dijo la viuda, no servís más que para perder doncellas, é infernar matrimonios." Palabras terribles que entraron por el oído derecho de Paca (nombre de la doméstica), saliendo inmediatamente por el izquierdo!

Ahora, ¡qué dirán ustedes que hizo Marieta?

Oír el saludable sermón, atenta sólo á la práctica del trasteo, con propósito de enviar y recibir cartas de contrabando. La disertación no estaba á su alcance, aunque las prácticas le servían de mucho. La prohibición la enojaba, precisamente por ser prohibición.

Las mamás censoras olvidan á menudo que han sido hijas desobedientes, casquivanas, frívolas; flores que anhelan el mariposeo de los jóvenes bien parecidos y con gaban nuevo; lagos que solicitan el rizador contacto de una brisa; plectros sonoros de los que una mano misteriosa hará brotar la tierna balada del amor.

Como consecuencia de lo que llevo dicho, Ma-

rieta se asomó a una de las rejas, momentos antes de acostarse, y con palpitaciones y intranquilas del deseo que va a realizarse, vió cruzar por delante de la reja al autor de su gozo, que andaba rondando la calle, cuando Dios y el sereno eran únicos testigos de su atrevimiento.

- Saturnino se acercó, aventurando luego una pregunta que fué contestada. Pregunta y contestación que engendraron el siguiente diálogo:

- ¿Ha leído Vd. mi carta?

- Son muy bonitos los versos; pero no són para mí.

- ¿Por qué no, alma mía?

- Porque yo no soy como Vd. supone.

- Usted es mucho mejor, sólo que yo no lo puedo expresar.

- ¿Va Vd. a la Universidad todos los días?

- Iré, si Vd. lo permite.

- Si yo lo permito? No entiendo esa respuesta.

- Es muy sencilla de entender. Desde hoy me he matriculado en primer curso de amor, y Vd. es mi catedrático. Con su permiso y beneplácito pasaré por aquí todas las mañanas para verla, y todas las noches para oirla.

- ¿Qué cosas tienen ustedes los poetas! Mire usted, yo no sé si hago mal ó bien en tener estas relaciones; si mi mamá lo supiera se enfadaría. Es preciso que Vd. la hable, y entonces podrá entrar en la casa.

- No se entra en el cielo sin méritos: hasta que usted esté convencida de mi amor no me atrevo a solicitar el permiso.

- ¿Y cómo me he de convencer?

- Queriéndome mucho.

- Entonces...

- Si Vd. me quiere mucho yo la querré más; si Vd. me da una prueba yo daré ciento.

- ¿Qué pruebas pretende Vd. exigir de mí?

La voz del sereno interrumpió el diálogo; el acompasado taconeó de un transeunte alteró algunos segundos el silencio de la solitaria calle; se oyó un ligero chasquido, pacto de alianza celebrado entre el coral y el fuego; se formó un nudo en la garganta de una niña, y un manojo de nervios masculinos estuvo vibrando un rato sin poderse contener.....

- Hasta mañana, Saturnino.

- Adios, amor de mis amores.

Mientras Marieta se agitaba en el lecho, presa de los delirios de un sueño agri-dulce; sujeto a á veces su hermoso cuerpo a crueles torturas, entregado otras a placidas sensaciones, Saturnino levantaba acta del pacto celebrado entre el coral y el fuego, acta que trasladamos para que el lector no se llame á engaño.

cierto es que el militarismo ha prevalecido sobre

EL PRIMER BESO DE AMOR y es la de la civilización del porvenir.

Eras pura, niña mía, como los rayos del sol

la noche en que recibiste

el primer beso de amor

Al juntarse nuestros labios

un ángel bello nació; y un ángel que formó el Eterno

con las almas de los dos; y

y sonrieron de gozo como

los que rodean á Dios

al escuchar la armonía

del primer beso de amor.

¡Qué gratamente recuerdo

el consuelo que infundió

la frescura de tu boca

en mi ardiente corazón!

¡Qué vida presté á las cosas

que la mirada alcanzó!

Más temblaban las estrellas;

más grande era el resplandor

del cielo; más puro el aire,

más bella la creación!

Ah, cuántos milagros obra

el primer beso de amor!

Eras pura, niña mía,

como los rayos del sol,

y el ósculo fué tan casto

como lo era mi pasión.

Así acaricia la madre

al hijo que concibió;

así liba el cefrillo en el cáliz de la flor; porque no fueron los labios, fué el alma la que estalló la noche en que recibiste mi primer beso de amor.

cierto es que el militarismo ha prevalecido, prevalece y prevalecerá hasta tanto que las condiciones de la civilización del porvenir hagan innecesaria la intervención de la fuerza bruta en los progresos de la humana especie.

No es de extrañar, pues, en vista de estas premisas, que las muchachas solteras, y muchas mujeres que no son muchachas ni solteras, sean tan aficionadas á los militares; que así como de ruines causas se originan portentosos efectos, también de causas grandes nacen raquíticos resultados.

Lo cual viene como pedrada en ojo de boticario para atenuar un crimen de lesa amor, cometido en casa de Marieta, sin premeditación, pero con alevosía.

A D. Fidel Rompelanzas, brigadier del arma de caballería, amigo del coronel difunto; amigo de la viuda, y por lo que se vé, amigo de la prole de ambos, se le antojó casarse prontito con Marieta, pudiendo muy bien haber escogido para compañera de armas y fatigas cualquier de las otras dos hermanas, que no estaban comprometidas.

A doña Consuelo le pareció magnífico el casamiento, á Marieta no le pareció pésimo.

Sé que se vá á levantar un clamoreo contra la pobre doncella: no seré yo el abogado defensor de la pérdida. Únicamente me atreveré á llamar la atención del ilustrado público sobre el siguiente problema, acompañado de una solución pertinente.

Dada una viuda con tres hijas, sin bienes de fortuna; puestos en la balanza de conveniencia, un brigadier que se casa á todo trance y un estudiante que hace versos indiscretos, sin entrar por el aro, ¿qué platillo será el que más pese en el ánimo de una de las hijas de la viuda? Solución: el platillo del brigadier.

Pesando más el militar, el poeta debía ser considerado como novio liviano, despedido á cajas destempladas y olvidado en un santiamén.

¡Olvidado! Esto se dice muy pronto, más pronto de lo que parece. ¡Cuántos errores nacen de esta manera de apreciar las cosas! ¡Cuán ignorantes son los que creen que en el corazón de una joven que se casa plentera con un hombre que puede ser su padre, no queda nada del misterioso joven, que en las altas horas de la noche hace temblar las estrellas y motiva sueños intranquilos! ¡Qué torpé es la sociedad cuando se empeña en ponerse una venda en los ojos, obstinada en huír la claridad de ciertos hechos!

Una joven de diez y ocho años ama ó cree amar á un joven de veintidos; si juntos no han navegado gran trecho en el barco de la locura por el mar del abandono, la joven es muy capaz de casarse con un viejo, con un tonto, con cualquiera; por dos

razones: por casarse y por no luchar con su familia; pero ¡ay del confiado! ¡ay del fatuo que cree conocer á fondo el corazón femenino! La imagen del hombre que ha despertado su primer amor, relampaguea de cuando en cuando en el espíritu de la mujer que amó por primera vez, y si no fuera porque el número de los tontos es infinito, la sociedad sabría apreciar con más fundamento el porqué de ciertas bodas alegres, ó la razón de ciertas melancolías subsiguientes á tales bodas. No ahondemos la cuestión.

Saturnino notó cambios en la conducta de Marieta; se quejó amargamente, se desesperó. Era muy niño para hombre, y ella muy madura para niña. El pobrecillo se contentaba con maldecir de las perjuras, haciendo uso del derecho de pataleo poético hasta el último límite de la tolerancia.

Marieta cantó claro una noche, la postrera en que debía asomarse á la reja. Al saber Saturnino que obligaban á casarse con un brigadier á la Gracia en cuyos ojos habia amoroso destello, en cuya voz habia música, en cuyo rostro habia idealismo, se entregó á la fiebre del dolor que brota de un pecho herido por el desengaño. Su primer desahogo fué la siguiente composición que *velis nolis* hizo llegar á manos de Marieta:

MENTIRA!
Dices que me has amado. ¡Eso es mentira!
¡Me vendes por pasión!
El capricho de una hora plentera,
ráfaga que al brillar desapareció!
Si supieras amar, también sabrías,
mujer sin corazón,
que jamás ha bastado una existencia
para apagar la hoguera del amor.
Todo lo que es humano muere un día;
la eternidad es don
de lo divino, y el amor tiene algo
de la esencia de Dios.

Los preparativos de boda caminaron á marchas forzadas; Marieta dejó definitivamente de asomarse á la reja.

Saturnino habia recibido el *ultimatum*; pero como toda naturaleza fuerte que se defiende, su amor luchaba, paraba los golpes, redoblaba los ataques, se fatigaba, sucumbia. Al fin cayó para no levantarse más.

Escribió una carta de despedida á Marieta, que ésta leyó y quemó. Era la siguiente:

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Podrá mi nombre despertar las iras
que encierras en tu pecho de mujer,
podrán tus ojos centellear airados
cuando en la esfera de su acción esté;
pero arrojar el velo del olvido

sobre el ser de mi ser,
sobre el recuerdo del amor que un día
nos trasportó al Edem,
eso, Marieta mía, es increíble,
no lo puedes hacer.

En el radioso altar de tu hermosa
otra verá la imagen de su Dios;
trémulo pedirá de sus pupilas
un rayo de pasión:

pero no premiarás sus arrebatos
con el primer suspiro de tu amor,
con el primer latido que conmueva
tu virgen corazón.

Esas primicias, niña idolatrada,
son las primicias que he gozado yo

Jamás el mundo olvidará en sus glorias
la luz vital del refulgente sol;
jamás el bosque olvidará los cantos
del tierno ruiseñor:

tú para mí, yo para tí hemos sido
astros de resplandor,
armónicos cantores de la vida
y no podemos olvidarnos, no

Saturnino ignoraba el alcance de este último verso, aunque su cerebro le había concebido y su mano consignado.

Es una verdad proyectil con fuerza bastante para destrozarse la dicha del enemigo, por lejano que esté, por mucho que le protejan las leyes divinas y humanas.

Saturnino, joven inesperto, tocaba el cielo con las manos, como todos los que desconocen la tierra que pisan.

El último desahogo poético que su desgracia le inspiró, se halla aprisionado en el siguiente rasgo, y puede servir de moraleja oficial a este cuento vulgar que podría y debía tener bien distinto remate, si la hipocresía lo permitiera.

LO DIFÍCIL.

Algunos hombres juzgan insondable
el corazón de la mujer; yo no.
Lo difícil es dar con quien le tenga.
Hay muchas que no tienen corazón.

F. MOJA Y BOLÍVAR.

AL ARTE.

ODA.

¡Oh, Píndaro inmortal! ¡Númen divino!
Ingénio peregrino
que sobre el alto Olimpo te levantas,
tuya haciendo la gloria y el destino
del pátrio suelo que en tus himnos cantas.
Muéstrame de los astros el camino
que el génio huella al escalar el cielo,
de tus alas de oro dame el vuelo,
y el lábio ansioso beba en Helicon
la pura linfa que al glorioso anhelo
arrebata a ceñir aurea corona.

De la apartada zona
en que el Bóreas helado se difunde,
ráuda mi voz a la del Austro lleva
el poder a humillar del rudo Marte,
con la llama del Sol mi acento funde,
préstame el estro que al Empíreo eleva,
y el canto acepta que me inspire el Arte.

En las sagradas márgenes del Nilo
le miro levantarse refulgente,
escuchando el rumor con que tranquilo
el cristal le saluda blandamente.

Con terror del Oriente,
sobre el alta pirámide proclama
su augusta majestad y excelsa lumbré,
cuando abrasado en su elevada cumbre
Osiris truena y su furor derrama.

A la espantosa llama
que incendia de las nubes los presones,
tiemblan los aterrados Faraones,
ruje el onda fugaz, y en la sombría
bóveda inmensa, escúchase el acento
de un pueblo que palpita en la agonía,
helado el pensamiento,
como el yerto cadáver insepulto
al que ofrece grosero y torpe culto.

Del Nilo al Xanto con felices alas
de Isis huyendo la divina Palas,
sobre el Idá su trono alza radiante;
saluda a Grecia, y las etéreas salas
hendiendo rutilante,
mira el pensil del Atica, la Doria
que á los siglos impone su memoria,
el mar de la Mesenia palpitante,
y el pasmoso recinto
de Dédalo inmortal, en donde el arco
sube á buscar el cielo por instinto,
ornado con las tintas de Bularco
y el pincel de Kimon, astro remoto
que gigante oscurece Polignoto.

De Zéuxis, de Parrhasio y Praxiteles,
de Fidias, de Thimantes y de Apeles,
Juno la llama inspiradora observa.
Brotó la libertad en los cinceles
con el fulgor augusto de Minerva,
y redentora brilla en los pinceles
del génio que inmortal surge fecundo,
álzase el Parthenon, pismo del mundo,
y Jove soberano,
de ceño adusto, que al Olimpo aterra
cuando mira á los dioses iracundo,
resistiéndose en vano,
desciende esclavo á la asombrada tierra,
que arde en amor al contemplar de Marte
la adorada deidad, en que se encierra
la rica inspiracion, la gloria, el Arte.

Escúchase lejano el rudo acento
del Tíber, que violento
su voz levanta en la region del Lácio,
al canto de Tirteo opone Horacio
su armonioso concento,
y á la Musa de Eskilo aterradora,
que se alzó á dominar el ancho espacio,
en la lengua sonora
del pueblo, de inmortal gloria sediento,
Plauto Terencio y Séneca responden,
ástrós que nunca su fulgor esconden.

Mas, ¡ay! que llega el pavoroso día
que preñado de horror y luto asoma.
Despierta, pueblo Rey, deja la orgia.
¡Qué enerva tu valor? ¡Despierta, Roma!
El letargo sacude y la atonía
de la torpe embriaguez que indigna afrenta,
la arena del horrible anfiteatro
por la lid abandona que sangrienta
siembra el luto, el terror y la matanza,
y oye á tus puertas del Scita rudo
el choque del acero en el escudo...
Pero renuncia ¡oh Roma! á la esperanza,
que de tu propia alteza en el teatro
caiste bajo el hierro de la lanza,
se hundió en el cieno tu esplendente solio,
y te abrasó incendiado el Capitolio.

La oscura nubé cual volcan estalla
y el polvo sube que abrasado late,
hiende el aire el clarin de la batalla,
escúchanse los gritos del combate,
y al rudo galopar de los bridones
del hunno que en la niebla avanza fiero,
las romanas legiones,
manchando de sus armas el decoro,
abdicar el poder del mundo entero,
muda la Fama, deshórrado el Foro.

Jamás del mundo en la sangrienta historia
oscurecida así, nubló la gloria

su esplendoroso trono soberano,
pero su viva llama rutilante
si en la noche se hundió, fué breve instante,
la sombra á su fulgor se opuso en vano,
que en el arte cristiano
irradiando inmortal, cual sol fecundo
su lumbré eterna derramó en el mundo.

En tanto que la guerra al cielo espanta
la catedral grandiosa se levanta,
el claustro es el taller, y al noble ejemplo
se eleva el número que inspirado canta,
Melancólica y santa,
cual se ensancha en los cielos ráuda nube,
la armonía en el templo se agiganta
y á las esferas inmortales sube.
Bate sus alas celestial querube
sobre el altar que cándido deslumbra;
la luz de la verdad rasga la ogiva,
y en la celda del monge, en donde viva
arde la fe que al escogido alumbrá,
la ciencia se cultiva,
redimiendo el pasado del olvido,
é hirviendo en el crisol enrojecido,
que del error ahuyenta la penumbra.

Palpita con espanto la tonante
voz que del Arno en las orillas suena,
y la musa del Dante
roba á la muerte de misterios llena
el pavoroso acento revelado,
en las eternas sombras engendrado:
calma el Bocaccio la angustiosa pena,
y el pincel inspirado
de Fra Beato Angélico, al anhelo
ofrece la inefable dulcedumbre
con que á sus ojos resplandece el cielo.
A la gloriosa cumbre
levántase el ingenio peregrino
del inmortal Urbino;
Miguel Angel su eterna gloria asienta
en el cristiano templo, en que, distintamente
su vária inspiracion, construye, pinta,
ejecuta feliz, y osada inventa,
en tanto que el error ráudas batiendo
sus alas en la noche, y la tormenta,
huye aterrado al fragoroso estruendo
con que habla al mundo atónico la imprenta.

El pensamiento humano redimido,
sustituye al cincel, y cen telleante
cual astro fulgurante
que ilumina la esfera, difundido
irradia su esplendor, convierte al mundo,
registra los abismos del pasado,
hundé al tirano que ominoso espanta,
y el misterio rasgado
la prensa un himno á la creacion levanta.

Cunde el libro que al hombre regenera,
 el siervo es libre, y de la Italia culta,
 salvando de los Alpes la barrera,
 la augusta libertad realiza el sueño
 del inmortal Arquímedes; la inculta
 Gárgara feroz la abraza y la retiene,
 arden las altas cumbres del Pirene
 al nuevo sol que esplendoroso brilla,
 y la noble Castilla
 lleva su luz á la apartada zona
 donde el fértil mar, rasgando el seno,
 con voz que excede á la del roncó trueno
 la eterna gloria de Colon pregona.

Al Veronés, Ticiano y al Guercino,
 al gran Julio Romano, y al divino
 Leonardo que del sol la lumbre entrena,
 en la feliz España,
 rica en héroes, pintores y poetas,
 responden compitiendo las paletas
 de Murillo, Coellos y Morales,
 Ribera, y Zurbarán en genio iguales,
 las de Cano y Pantoja, y vé con pasmo
 el orbe que palpita de entusiasmo,
 el pincel y las obras inmortales
 de Velazquez fecundo,
 gloria del arte hispano, honra del mundo.

¡Oh madre patria! ¡Venturoso suelo!
 ¡Dulce seguro de la fé y el arte!
 La noble inspiracion quiso del cielo
 pródida copia de riquezas darte.
 El númen brota en tí cual puro día
 que brilla eterno y su fulgór reparte,
 y es canto y poesía
 color y armonía,
 cuanto late en tu seno y se contiene
 de la risueña Gádes al Pirene!

¡Oh santa religion del pensamiento!
 Del vasto Firmamento
 cuando rotos sus ejes de diamante
 alóbraga noche sucediendo al día,
 la eternidad sombría
 ahogue del sol el fuego rutilante,
 cuando el planeta cual volcan que roto
 la esfera incendia en llama fulgurante,
 estalle en el vacío
 con horror de la sombra y del profundo,
 tú á quien el canto de mi amor envío,
 con una sola gota del rocío
 de tu cáliz fecundo,
 redimirás la tierra calcinada,
 de nuevas flores vestirás el suelo,
 harás que broten mundos de la nada
 y el sol encenderás del claro cielo.

El rigor de la muerte
 cludes en tu fúlgido camino,

tú eres el porvenir y el mundo fuerte
 que enlaza á la creación con el destino,
 el mundo en tí su redencion advierte,
 que eres la Eternidad, eres la idea
 que excelsa en lo infinito se difunde.
 Gloria al Arte inmortal, que inspira y crea
 y en la materia infunde
 el sacro fuego que abrasado late;
 sobre mi patria amada
 lotus áureas alas en sus cumbres bate,
 y de la eterna gloria
 que resplandece en su inmortal historia,
 fecundiza al calor de tu mirada
 la edad futura, para noble ejemplo,
 y como en la presente y la pasada,
 España sea de tu gloria el templo.

LUIS BALACÁ Y GILABERT.

MISCELÁNEA.
 TEATROS.

El éxito alcanzado en el teatro de Apolo por la obra que con el título de *El yerno del Sr. Manzano* han arreglado á nuestra escena los Sres. Martin Santiago y Carbon, de la comedia de Augier y Sardéau, *Le gendre de M. Poitier*; ha correspondido dignamente á su mérito. En su interpretacion se distinguen, obteniendo grandes aplausos, la Sra. Alvarez Tubau y los Sres. Morales, Jimenez y Guerra.

Respecto á este mismo teatro, se anuncia ya que la empresa que lo ha tomado á su cargo para la temporada cómica de invierno, ha encomendado la direccion exclusiva de los trabajos artísticos al inteligente actor D. Ricardo Morales, el cual se está ocupando de organizar la compañía, en la que figuran las Sras. Marin, Fenoquio, Contreras, Dominguez y Perez (D^a. Francisea), discípula esta última del Sr. Oltrá, que muestra felices disposiciones para la difícil carrera que ha emprendido, y los Sres. Vico (D. Antonio), Parreño (D. Julio), Castilla y Alisedo; y la temporada dará principio en el mes de Setiembre próximo.

La compañía italiana de opereta bufa que dirige la distinguida artista Maria Frigerio, ha empe-

zado á dar un corto número de funciones de su mejor repertorio en el teatro de la Alhambra.

En el teatro del Príncipe Alfonso se vuelve á ofrecer al público estos días las aplaudidas zarzuelas *Los sobrinos del capitán Grant* y *El diablo cojuelo*, cuya representación halla siempre brillante acogida en los constantes favorecedores de aquel espacioso coliseo de verano.

El Jardín del Buen-Retiro continúa siendo el punto de reunión predilecto de la elegante sociedad, lo mismo en los días de conciertos que en los de funciones teatrales. Aun en las noches un tanto desapacibles se vé honrado aquel delicioso recinto por la más distinguida y numerosa concurrencia de ambos sexos.

Para el próximo lunes, verbena de la Virgen del Carmen, prepara la empresa una extraordinaria función. A las ocho y media se verificará un gran concierto, que terminará á las once y media, y desde esta hora á la de las dos y media, una escogida de zarzuelas y de baile.

En el popular Circo de Price, favorecido este año más que nunca, se ha estrenado últimamente un espectáculo titulado *Las ferias en Hon-Kong*, que ofrece un vistoso conjunto, y en tal concepto merece verse.

Estamos seguros de que el constante anhelo de complacer al público que muestra el actual director del Circo, M. Parish, hallará justa recompensa en los pingües resultados de las buenas entradas que le han de proporcionar este nuevo espectáculo y las demás novedades que prepara.

En la próxima temporada de invierno actuará probablemente en el teatro de Novedades una compañía dramática, al frente de la cual figurarán los eminentes artistas doña Carolina Civil y D. José Valero.

BIBLIOGRAFÍA.

Escenas de la vida pajesca, novelitas y narraciones varias de costumbres catalanas, por D. Joaquín Riera y Bertran.—Un tomo en 8.º de 208 páginas. Barcelona, 1878. Imp. de la Renaixensa.

Se halla de venta, al precio de 10 reales, en las principales librerías, y en la administración de obras catalanas de Teixidó y Parera, Barcelona.

Enciclopedia para la juventud. Biblioteca universal de conocimientos útiles.

De la publicación que con este título están dando á luz los Sres. Bastinos, de Barcelona, han aparecido últimamente cuatro tomos, á saber:

Panorama zoológico, por D. Joaquín M. Salvá.

La locomoción, por D. Teodoro Baró.

El sistema planetario, por D. Cayetano Vidal y Valenciano.

Las plantas, por D. Celso Gamis.

Cuatro volúmenes en 8.º, de unas sesenta páginas, cada uno de los cuales se vende al precio de 2 reales.

Discusiones sobre la metafísica, por Indalecio Armesto. Un volumen en 4.º de más de 350 páginas. Pontevedra, 1878. Imp. de Rogelio Quintans.

En este nuevo libro se trata con bastante claridad las más importantes cuestiones de la metafísica y se da una idea, exacta en lo posible, de la ciencia.

Se halla de venta, al precio de 12 reales, en casa del editor, y al de 14 en las principales librerías del reino.

Penas y sueños. Poesías de D. Tomás Fernández de Castro. Un tomo en 8.º menor, de 90 páginas. Cádiz, 1878. Establecimiento tipográfico de José M. Galvez.

Se vende en Cádiz y Santander, al precio de 1 peseta.